LOS HERMANOS HERNÁNDEZ: ORFEBRES Y ESMALTISTAS ART DÉCO

http://artevalladolid.blogspot.it/2017/01/los-hermanos-hernandez-orfebres-y.html

http://artevalladolid.blogspot.it/2017/01/los-hermanos-hernandez-orfebres-y_17.html

http://artevalladolid.blogspot.it/2017/01/los-hermanos-hernandez-orfebres-y_24.html

http://www.elcorreogallego.es/vida-social/ecg-h/hermanos-hernandez-familia-orfebres-esmaltistas-estilo-art-deco/idEdicion-2008-07-20/idNoticia-324606/

Con la presente entrega comenzamos una serie de cuatro capítulos en los que se abordará la vida y obra de dos de los artistas más importantes que dio la ciudad de Valladolid en el siglo XX, si bien nacieron a finales de la anterior centuria. No solo destacaron en el ámbito regional y nacional, sino que también lo hicieron en el internacional puesto que fueron de los más reputados maestros dentro de su oficio. Sin más preámbulos diremos que se trata de Eloy y Osmundo Hernández, más conocidos como los "hermanos Hernández". Sus nombres no nos dirán nada, como de costumbre, puesto que Valladolid, y más concretamente los vallisoletanos, sufrimos ese "problema" que nos lleva a no conocer y homenajear satisfactoriamente a nuestros grandes artistas del pasado (véase Berruguete, Juni o Gregorio Fernández, los cuales en otra ciudad ya tendrían sus correspondientes monumentos), y a desconocer por completo a los contemporáneos, algunos de los cuales han obtenido los más preciados galardones a los que un artista puede aspirar. Ese fue el caso de los geniales hermanos Hernández, los cuales llevaron a cabo algunas de las mejores piezas de orfebrería, joyería y esmaltería que se realizaron en la primera mitad del siglo XX; siendo, además, de los pocos cultivadores de la estética Art Déco en España. En los siguientes links encontrareis las distintas partes de las que se compone esta serie.

I. Semblanza biográfica

Los hermanos Hernández al poco tiempo de establecerse en Vigo

Las cuatro entregas que pretenden homenajear a los hermanos Hernández están elaboradas con una selección de textostomados de la monografía escrita hace unos años por Carlos Brasas, máxima autoridad en la materia y quien me animó fervientemente a tratar sobre ellos en el blog. Pues bien, llegó el momento de empezar a tratar sobre estas dos magnas figuras del arte vallisoletano. El plan es el siguiente: en los dos primeros posts se trazará un relato biográfico de los Hernández, el tercero se centrará en su obra dentro de los campos de la orfebrería, esmaltería y joyería, reservándose el cuarto y último post a la labor escultórica, desarrollada fundamentalmente por Eloy.

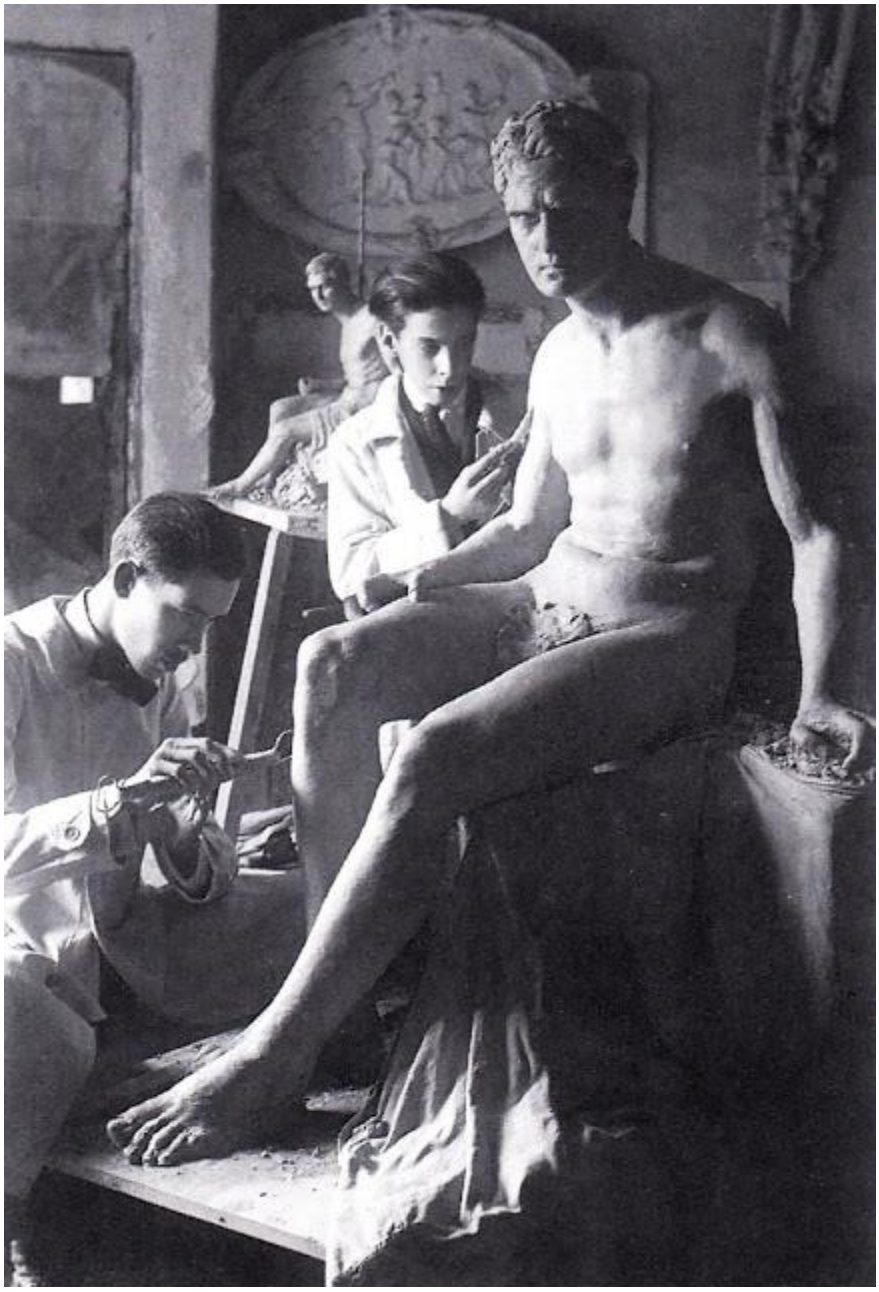
Sería deseable que alguna sala de exposiciones de Valladolid u otra institución preparara una muestra dedicada a ambos hermanos, de tal forma que la ciudad que les vio nacer tuviera la ocasión de contemplar de cerca las maravillas que salieron del taller de estos hermanos que llegaron a lo más alto de las artes aplicadas del siglo XX y del Art Déco español.

Casa familiar de los Hernández (desaparecida, Calle Santa Clara nº 14)

Osmundo Hernández nació en Valladolid el 4 de diciembre de 1893, y cuatro años después, el 1 de diciembre de 1897, su hermano Eloy, precisamente el día de la festividad del santo francés patrono de los orfebres. Sus padres, el maestro constructor Julián Hernández e Isidora Calzada, tenía el hogar familiar establecido en un antiguo caserón de la calle de Santa Clara, concretamente en el número catorce. La vocación por lo artesanal de Osmundo y Eloy fue muy temprana. De niños su predisposición al arte les haría ya modelar en barro y dibujar continuamente en sus cuadernos de escuela con lápices de color. Siendo unos muchachos jugaban ya -según sus propias palabras- "*con cristales de la calle y pobres pucheros*", ensayando con medios muy rudimentarios los procedimientos más sencillos de la orfebrería.

Sus primeros pasos los dieron en la Escuela de Artes y Oficios de Valladolid, donde fueron sus maestros Ramón Núñez, entre los escultores, y entre los pintores, Salvador Seijas, Luciano Sánchez Santarén y José Martí y Monsó. Por este último, asimismo director del centro, sentirían siempre gran aprecio y admiración, hasta el punto de que el propio Osmundo portaría la bandera de la Escuela

en el entierro de don José en 1912. Enseguida van a simultanear las clases en el citado centro con el esfuerzo y el trabajo profesional, dirigiendo sus inclinaciones hacia la orfebrería. Por esos años, Eloy entraría a trabajar en el taller de platería de Monedero, en la calle de Fray Luis de León; mientras que por su parte Osmundo, se colocaría en una conocida joyería de la ciudad -los talleres de Anastasio Gil-, situada en la calle Ferrari (concretamente en el número 15 de la antigua Acera de San Francisco).



Eloy Hernández, en el estudio de Martínez Oteiza, y el niño José Antonio

Allí, aparte de conocer los rudimentos del oficio, poco más pudieron aprender, compensando la falta de enseñanza con un tesón fuera de lo común y una inquebrantable fe en sus propias posibilidades. Su optimismo y entusiasmo juvenil les llevaría desde el primer momento a dirigir su mirada hacia las tradiciones de oficios artísticos ya olvidados, y a querer emular a los antiguos plateros vallisoletanos, que tanto lustre habían dado a la orfebrería nacional en siglos pasados. Al mismo tiempo, la contemplación en el Museo Provincial de Bellas Artes (Museo de Escultura) de las obras de los grandes imagineros castellanos avivarían fuertemente su vocación artística.

Considerado como uno de los alumnos más aventajados de la Escuela, en julio de 1915, Osmundo ejecutaría ya una artística placa de plata repujada, realizada sobre un boceto a lápiz del entonces director de la Escuela, el escultor Ramón Núñez, placa que sería obsequiada en el transcurso de un homenaje a la maestra doña Primitiva Medrano, directora de la Escuela Nacional Graduada de Párvulos de la ciudad. Por entonces, y contando ya en su haber con gran número de proyectos de orfebrería pintados a la aguada, recibirían su primer encargo importante, al cincelar los *Siete cuchillos de plata*, símbolo de sus siete dolores, que recoge entre sus dedos la Virgen de las Angustias, de Juan de Juni, trabajo que les daría cierta notoriedad en el ambiente artístico de la ciudad.

Cuchillos de plata de la Virgen de las Angustias

A comienzos de noviembre de 1917 recibirían del jurado del Certamen del Trabajo celebrado en la capital castellana, uno de los premios en metálico por una serie de obras de plata repujada.

En un primer momento se aplicarían también a repujar en cuero, y dentro del arte de la orfebrería empezarían dedicándose al nielado, tratando de dominar poco a poco los muchos secretos del oficio. Por su parte, Eloy, que tendía más al ejercicio de la escultura, trabajaría durante algún

tiempo a los cuidados y órdenes del escultor y teniente-coronel José Martínez Oteiza, en cuya compañía harían frecuentes viajes ambos hermanos a las ciudades de alrededor de Valladolid. Precisamente en una de estas excursiones -concretamente a Burgos- tendrían ocasión de admirar en el Museo Provincial el célebre frontal de Silos, que les impresionaría profundamente, marcándoles para siempre y dejando su contemplación huella indeleble. Fue entonces cuando surgió su vocación por el esmalte, cuando entrevieron sus enormes posibilidades, deseando desde ese momento aprender la técnica y reproducir lo más fielmente posible las obras románicas y góticas. Esa aspiración de llegar algún día a copiar el frontal de Silos -sueño y empeño que efectivamente llegaría a materializarse bastantes años después- fue el motivo que les indujo a comenzar a hacer primero pequeños ensayos, y más tarde dedicarse intensamente a esmaltar, actividad que, con el tiempo y tras su paso por Francia, llegaría a convertirse en su más importante especialidad artística.

Los hermanos Hernández en la Place Terraux de Lyon, delante de la Fontaine Bartholdi

En 1917 Osmundo sería becado en París por la Junta de Ampliación de Estudios en el extranjero (que dependía del Instituto de Enseñanza Libre), acompañándole varios años después su hermano Eloy. Osmundo, becado por la sección de platería, vivió en París los difíciles momentos de la Primera

Guerra Mundial, ya que su pensión coincidiría con los años de la conflagración europea. La casa donde residían los pensionados -en el número 5 de la rue Geoffroy-Marie-, la noche del 8 de marzo de 1918, sería enteramente derribada por un obús alemán. El joven artista salvaría su vida de milagro, al refugiarse en el sótano del inmueble. Por entonces, Eloy, que deseaba intensamente viajar a la capital francesa para reunirse con su hermano, continuaba en Valladolid, trabajando en el estudio de Pepe Oteiza. Allí le visitaría en abril de 1919 Fernando De´Lapi, quien, además de elogiar su labor, le describiría en las páginas de *El Norte de Castilla* como "*un mozo alto, sencillo y optimista, cuya actividad se aplica a la ilustre orfebrería*".

Eloy Hernández

Poco tiempo después, Eloy consiguió una beca de la Junta de la Ampliación de Estudios para ir a París. En los meses de marzo y abril de 1921, Eloy había participado con dos esculturas en la Primera Exposición de la Asociación Castellana de Arte, celebrada en el Ateneo de Valladolid, muestra en la que figuraron los pintores y escultores más representativos de la ciudad.

Al año siguiente, Osmundo tras regresar temporalmente a Valladolid, contraería matrimonio en la capilla del Hospital Militar con la joven Jerónima Sánchez Gil. Poco tiempo después. Regresaría con

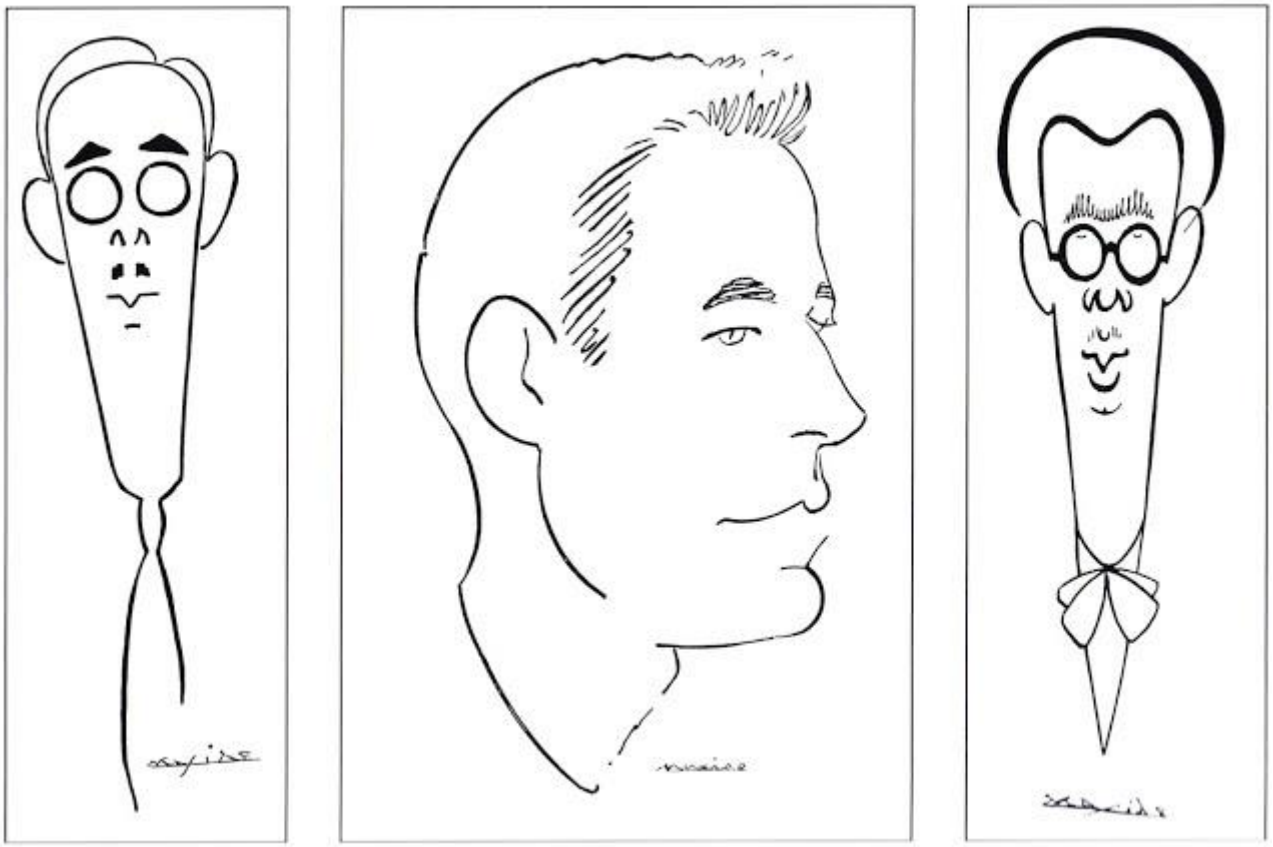
su hermano a la capital gala. Allí ambos artistas compaginarían el trabajo en el taller con las visitas y el estudio en museos y colecciones privadas. Principalmente, tendrían ocasión de admirar las piezas de joyería antigua conservadas en el Museo del Louvre, atrayendo su atención, sobre todo, las mascarillas y bustos egipcios labrados en oro y esmaltados, y otras muestras de la rica orfebrería oriental, así como los antiguos esmaltes franceses de Limoges.

Desnudo de rodillas (entre 1922-1930)

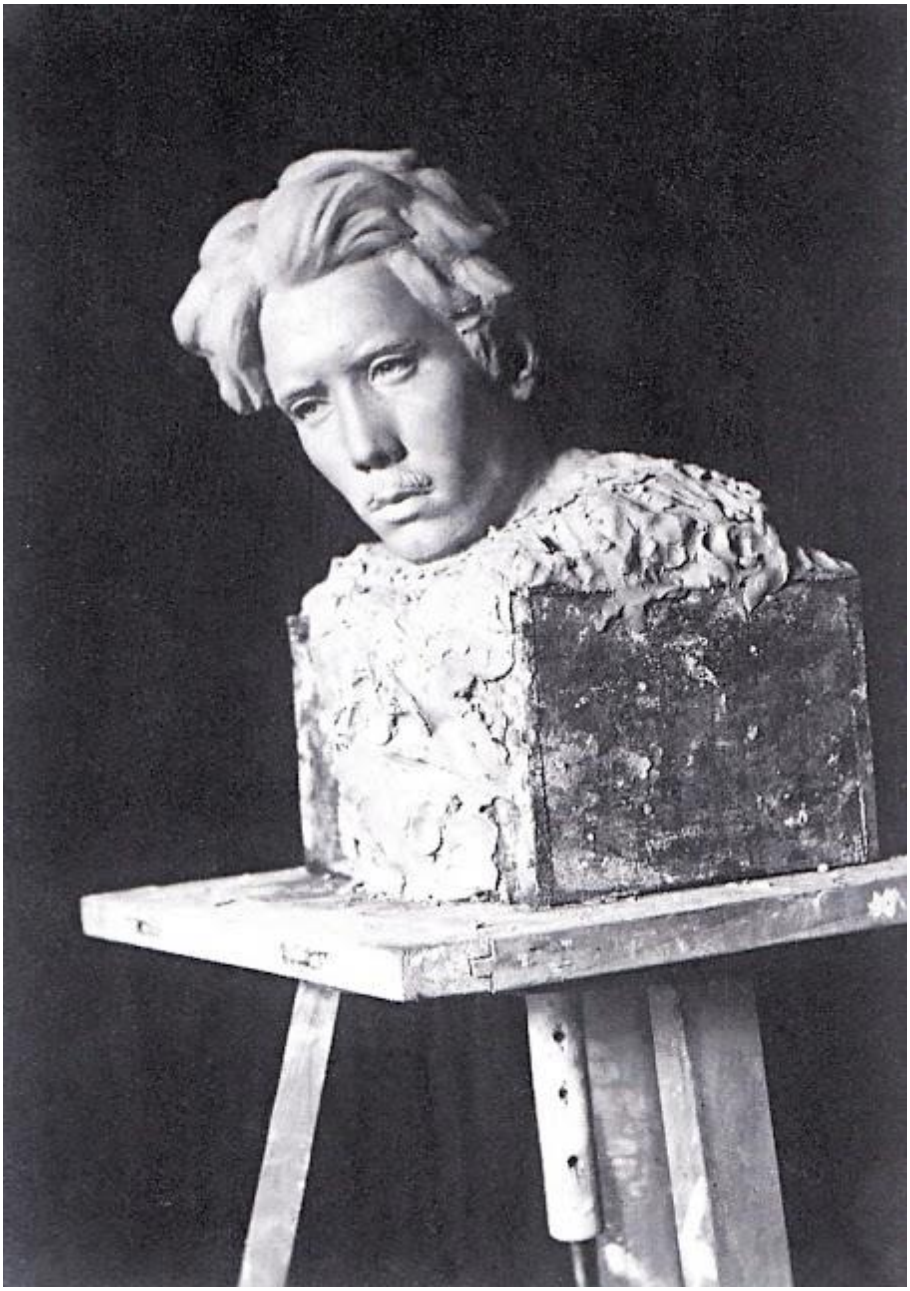
Fue también en París donde se afianzó su gran afición por las artes suntuarias, y donde decidirían plenamente ya su vocación de esmaltadores. Durante su estancia -exactamente en la Escuela de Artes y Oficios Boull-, estudiaron técnicas, sistemas, gustos…, teniendo ocasión de conocer, asimismo, la moderna joyería parisina, cuyas creaciones pudieron admirar fascinados en los suntuosos escaparates de la rue de la Paix.

Con la exigua pensión de que disfrutaron viajarían en diversas ocasiones a Limoges, donde se dedicarían a estudiar con pasión los célebres esmaltes medievales y renacentistas de aquella escuela, así como los diversos procedimientos técnicos. Posteriormente, de París marcharían a

Grenoble -a donde fueron trasladados los jóvenes pensionados españoles-, y desde esta ciudad serían enviados a Lyon, donde por último serían repatriados a comienzos de 1923.



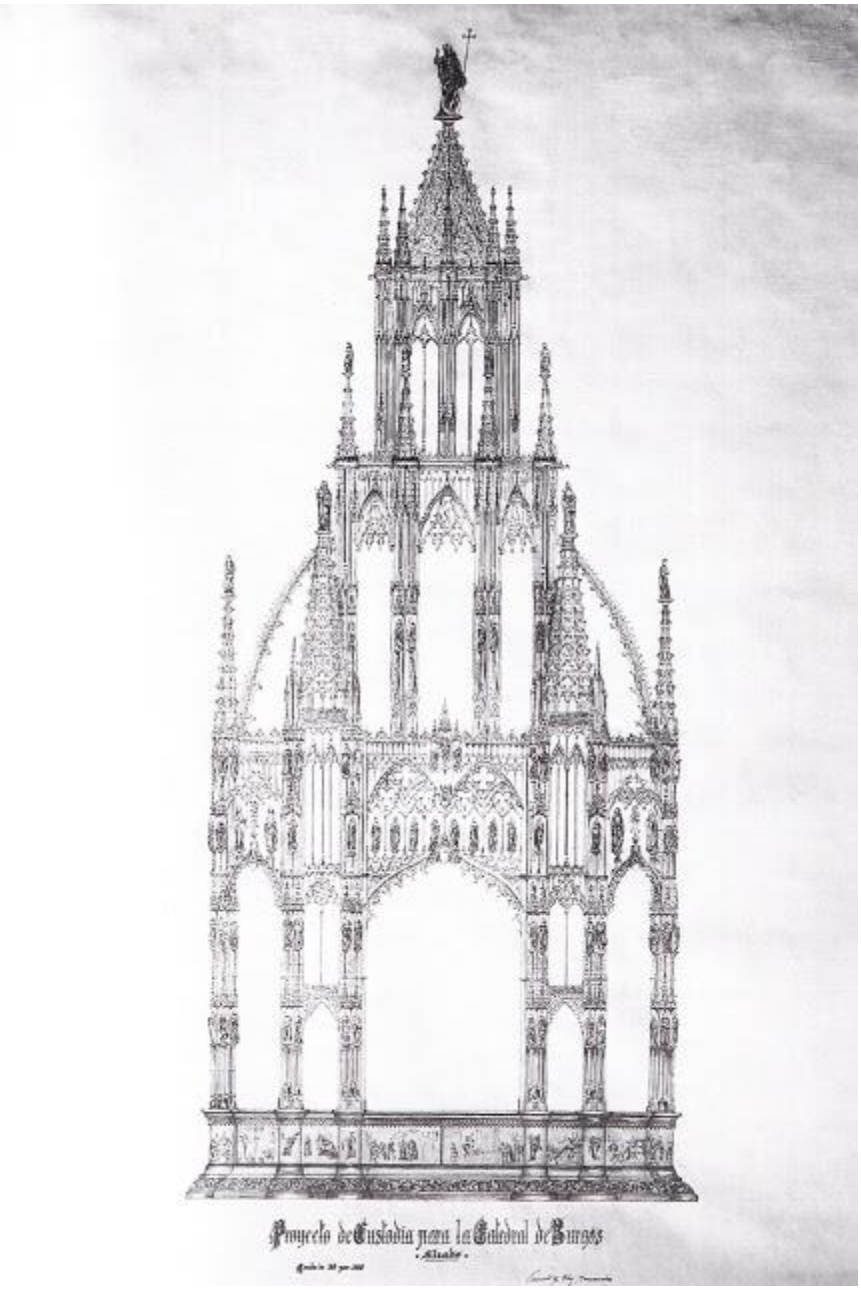
CARLOS MASIDE. Caricatura de los hermanos Hernández. Eloy en los extremos y Osmundo en el centro



Autorretrato juvenil de Eloy (1919)

De nuevo en su ciudad natal, unos meses después de su regreso -concretamente en junio de 1923-, montarían ambos hermanos, en el salón del Ateneo, la que iba a ser su primera exposición, con la que pretendían darse a conocer entre sus paisanos. Se trató de una muestra realizada conjuntamente con el escultor-decorador catalán Francisco Artigas Dernis, a quien Osmundo había conocido en París, donde asimismo había formado parte de la expedición de obreros pensionados entre los años 1916-1918. Sería allí donde entablaron una buena amistad y decidieron iniciar una fructífera colaboración en algunas obras de joyería. La exposición se componía de un centenar de piezas de muy variada gama (tallas policromadas de Artigas, camafeos montados en plata repujada y piedras preciosas, dibujos a la "gouache" de los Hernández, reproducciones en plata repujada y patinada de algunas estatuillas de Artigas, hechas también por ambos hermanos…), obras todas ejecutadas, al decir de la crítica, con gran habilidad y exquisito buen gusto. A través de la prensa local, se solicitaría del Ateneo que prorrogase la exposición, dado el número de público que acudiría a ella, visitantes que -como podía leerse en *El Norte de Castilla*, nunca pudieron sospechar que hubiese en Valladolid orfebres capaces de enlazar con la secular tradición artística que las creaciones suntuarias habían conocido en el pasado.

Por esas mismas fechas decidirían presentarse al concurso convocado por el Cabildo burgalés, con motivo de la celebración del VII Centenario de la fundación de la catedral, para la construcción de una suntuosa custodia procesional de plata. A dicha convocatoria acudirían con un ambicioso proyecto de custodia turriforme, de extraordinaria riqueza e inspirada en las creaciones de los Arfes. Habiendo presentado un artístico dibujo a escala, juntamente con una detalla memoria sobre sus características al cabildo, aun reconociendo su valía, juzgaría excesivamente costoso el proyecto, y por ello irrealizable para los limitados recursos de que disponía. No obstante, el Cardenal Benlloch, arzobispo de Brugos, nombró a ambos hermanos "Orfebres Honorarios" de la Catedral de Burgos.

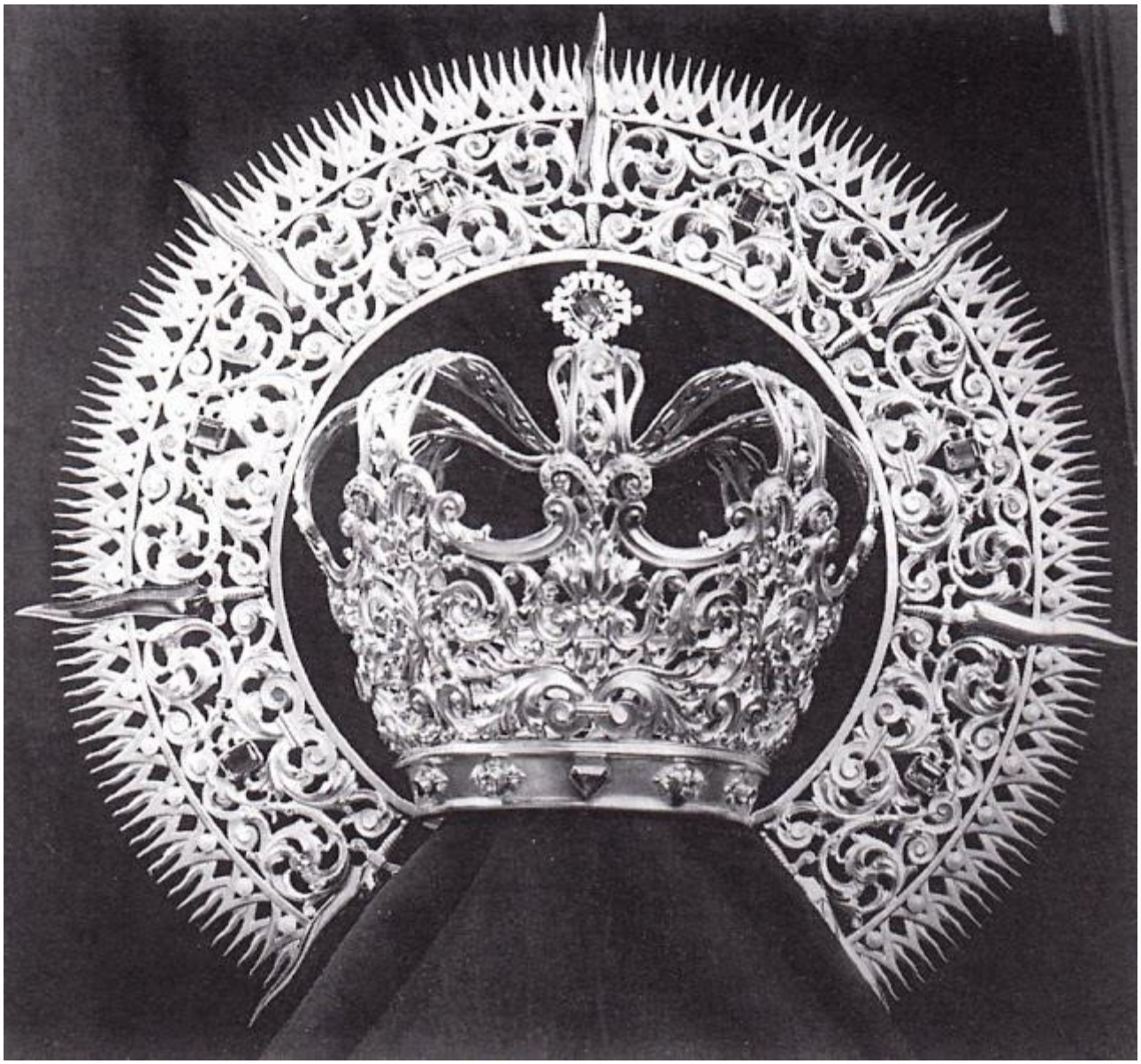


Proyecto de custodia procesional de la catedral de Burgos (1921)

A comienzos de 1922, y conscientes de la necesidad de ampliar horizontes profesionales, los hermanos Hernández proyectaban buscar casa en Madrid para fijar allí su residencia y lugar de trabajo. Mientras tanto, viviendo aún en Valladolid, un buen día, en una de sus habituales tertulias en el Café Suizo, su amigo Virgilio Garrote, profesor de la Escuela de Comercio de Vigo les sugirió trasladarse durante algún tiempo a la industriosa población gallega en busca de mercado para sus obras. Vigo por entonces conocía un extraordinario desarrollo, y su puerto comercial ofrecía

grandes posibilidades de promoción y trabajo puesto que llegaban gran número de barcos procedentes, sobre todo, de Inglaterra y América. Los propios hermanos Hernández afirmarían años después que llegaron a Vigo circunstancialmente, pero, lo cierto, es que se quedarían allí para siempre, al encontrar la más favorable acogida.

En marzo de ese mismo año se encontraban ya en Vigo, comenzando a trabajar ilusionados en un taller que montaron en la Puerta del Sol. Una de las primeras obras que ejecutarían nada más establecerse allí, sería la *corona de plata sobredorada de la Virgen de los Dolores*, de la parroquial de San Francisco. Muy pronto comenzarían a ser reconocidos y estimados en la ciudad, exponiendo sus obras en los escaparates de los comercios más céntricos de Vigo.

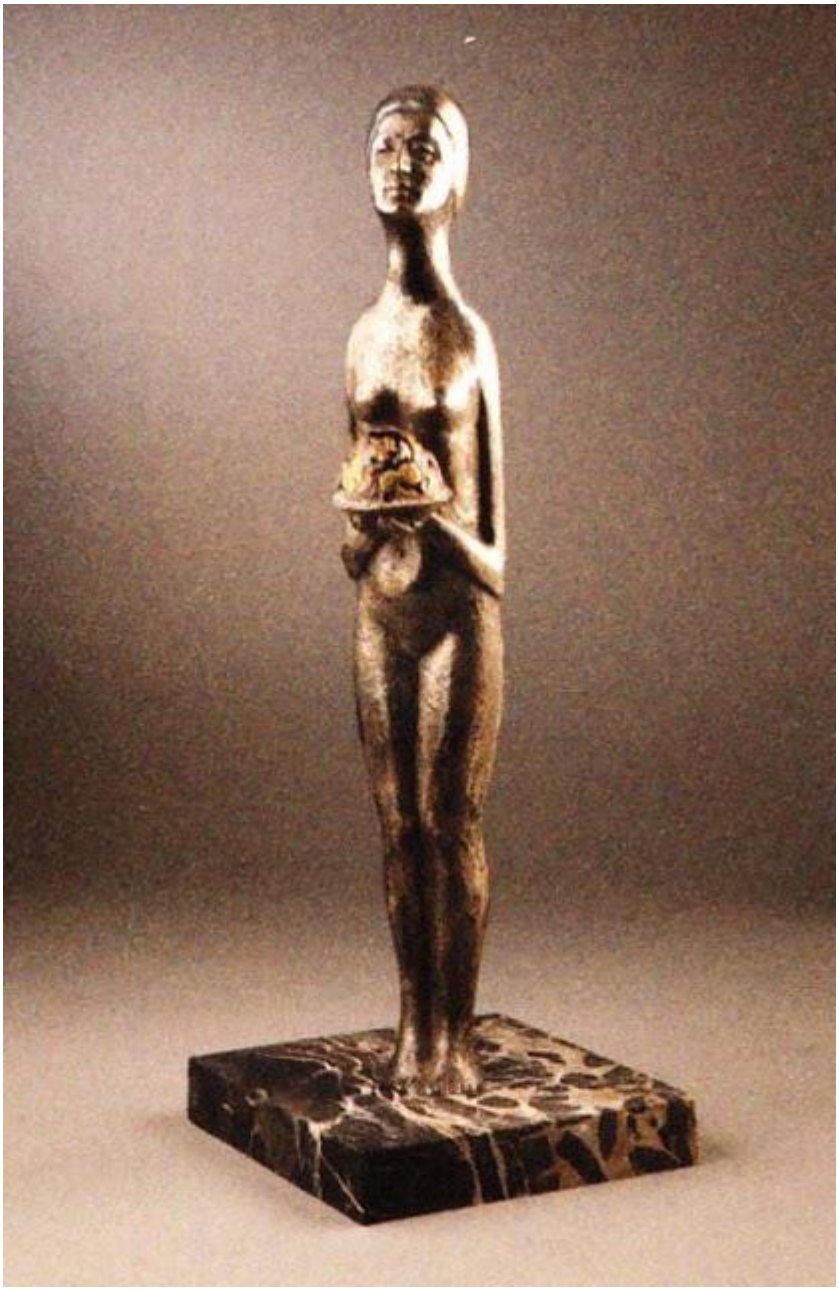


Corona de plata y piedras preciosas para la Virgen de los Dolores de Cangas (Vigo)

En su taller, montado con cierto sabor de "Renacimiento", trabajarían silenciosa y modestamente, experimentado las más diversas técnicas, y en especial la del esmalte, cuyo cultivo intensificarían a partir de entonces. Su presentación artística en la ciudad tuvo lugar en agosto de 1924, cuando concurrieron con sus obras a la Primera Exposición de Arte Gallego, organizada por el Ateneo de Vigo e instalada en la Escuela de Artes y Oficios. Allí expusieron tres esculturas y diversos trabajos de orfebrería. Las primeras, correspondientes exclusivamente a Eloy, eran las tituladas, *Busto de mi hermano*, *Busto de mi aprendiz* y *Perfume* (esta última un gracioso desnudo de línea moderna).

Entre las piezas de orfebrería, figuraban una *bandeja de plata*, *relieves en oro repujado*, una *medalla y una cruz en oro esmaltado*, un *libro de misa de plata repujada y marfil*, etc. Todas estas obras fueron muy bien acogidas por la crítica gallega, elogiando la fina sensibilidad, inquietud artística y laboriosidad de ambos hermanos. La perfección y belleza de las joyas y piezas reunidas constituyó sin duda toda una relevación.

Busto de mi hermano Osmundo (h. 1926)



Perfume (h. 1921)

En ese mismo año, el gran escultor pontevedrés Francisco Asorey, que conocía su producción, iba a animarles y convencerles para que preparasen alguna obra con destino a la Exposición Internacional de Filadelfia, que se celebraría en los meses de junio a diciembre de 1926. Tras haberlos exhibido durante algunos días en los escaparates del comercio "Fin de siglo" en el número 1 de la calle del Príncipe, Osmundo y Eloy enviarían dieciséis artísticos objetos a la exposición de la ciudad estadounidense, una de las muestras que mayor resonancia mundial tuvo en su tiempo. Entre esas obras remitirían un magnífico busto de plata repujada de una castellana de época entre medieval y renacentista, titulado *Dama de Castilla*, escultura -realizada años antes en Valladolid- que causaría sensación en el citado certamen, y que merecería del Jurado Internacional ser galardonada con Medalla de Honor, una de las tres otorgadas a España.

Dama de Castilla (1926)

La distinción daría lugar a un emotivo homenaje que el pueblo de Vigo tributaría al año siguiente a los dos artistas, concediéndoles el título de hijos adoptivos de la ciudad. En efecto, el 19 de febrero de 1927, se celebró una cena-homenaje en el Hotel Moderno de Vigo. Por su parte, ambos hermanos, expresarían su agradecimiento a la Corporación Municipal, regalando al Ayuntamiento a comienzos de diciembre de 1928 un tríptico en esmalte con destino al futuro Museo Municipal.

A partir de este destacado galardón, la historia artística de ambos hermanos sería una sucesión ininterrumpida de éxitos. Su fama irá sucesivamente en aumento y su firma empezaría ya por entonces a gozar de reconocido prestigio en toda Galicia. En 1926 instalaron su taller en el entonces número 22 de la calle del Príncipe, la arteria principal de Vigo, montando con sus obras en una de las salas una pequeña exposición-museo, pronto celebrada entre las mejores de su género en España. A su taller acude selecta clientela, principalmente ricos turistas, coleccionistas y expertos en arte, que se disputan sus joyas y esmaltes.

Custodia de la Catedral de Valladolid (1927)

Tras su éxito en la Exposición de Filadelfia, los laureados artistas se ocuparon de dos importantes obras destinadas a Valladolid, donde se seguía con gran interés su carrera. Se trataba de una fastuosa *Custodia de oro y pedrería para la Catedral de Valladolid*, y de un suntuoso *anillo episcopal*, ofrecido por la ciudad a su prelado el arzobispo Gandásegui. La custodia, de oro, platino, esmaltes, perlas y abundantes piedras preciosas, estaba valorada en 100.000 pesetas, cantidad muy elevada para la época. Lo más llamativo de tan magnífico viril es el "sol de rayos", que se asienta sobre una peana anterior -fechada en 1867- y aprovechada para la nueva obra. El ostensorio se compone de un cerco decorado con sesenta brillantes y cuatro perlas, rodeado por un nimbo de oro, del que surgen ocho ángeles orantes, de marfil, policromados y con aplicaciones de esmalte "champlevé", separados por racimos de perlas y amatistas sobre ráfagas de rayos de oro. Lleva, asimismo, el escudo de la catedral vallisoletana, sobre un zafiro en oro cincelado, sirviendo de base a una cruz también de oro, adornada con quince brillantes y cincuenta y dos rubíes.

Por estos mismos años Eloy trabajaría durante algún tiempo como profesor de Modelado y Vaciado en la Escuela de Artes y Oficios de Vigo. Como muestras de su arte y de su dedicación a la escultura

acostumbraría a exponer por entonces sus obras -cabezas y bustos principalmente de escayola- en los escaparates de conocidos comercios y bazares de la calle del Príncipe.

Eloy tallando una escultura de San Sebastián

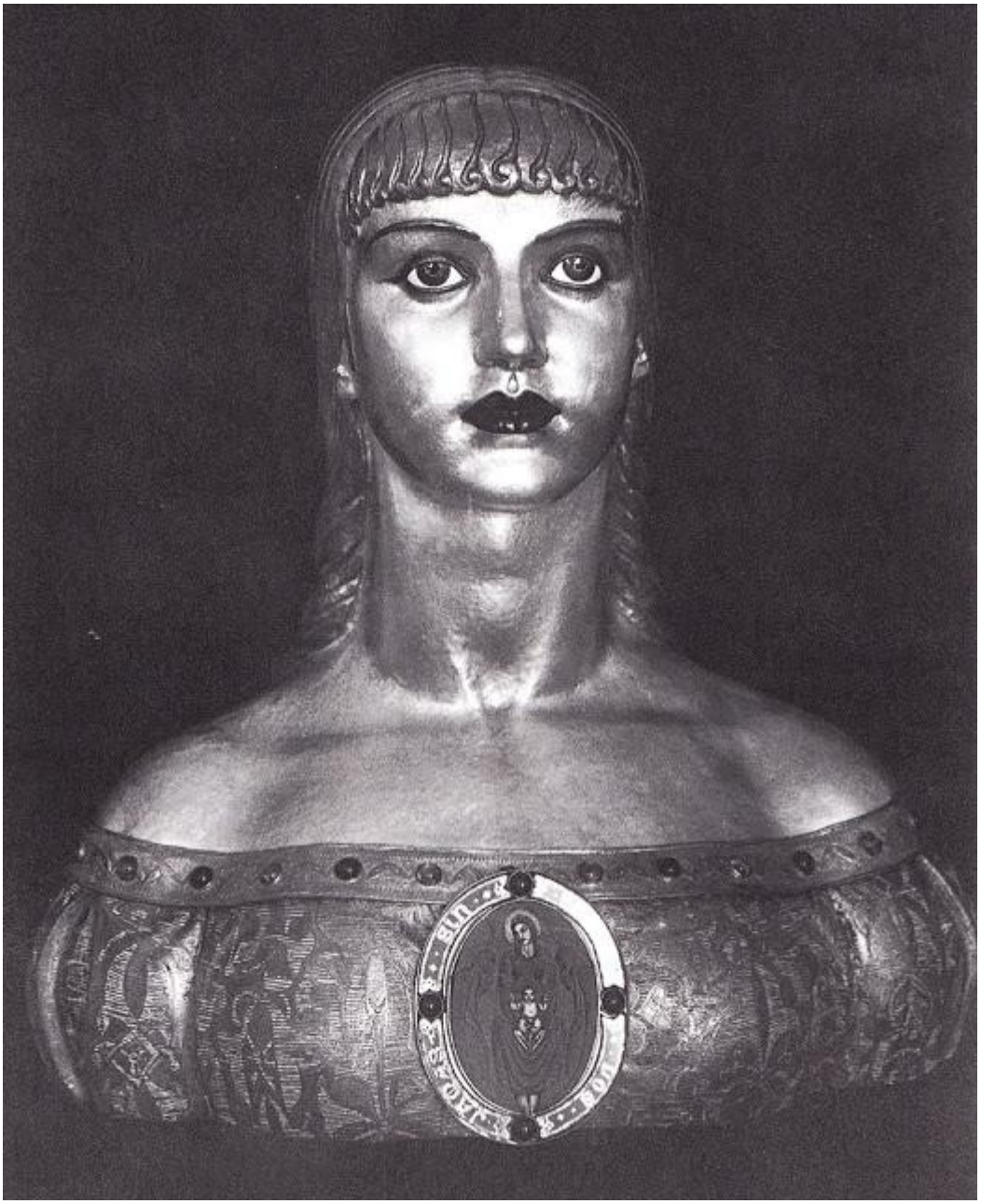
La presentación de ambos hermanos en Madrid tendría lugar poco tiempo después, cuando en junio de 1928 participaron en la Exposición de Arte Gallego, organizada por el *Heraldo de Madrid*, en las salas del Palacio del Retiro. En la sala tercera, el público pudo admirar las muestras de la más depurada técnica que presentaron los hermanos Hernández, obras que fueron puestas para el lema "Pincia", aludiendo claramente al origen y formación vallisoletanos de ambos artífices. La vitrina en la que fueron expuestas las obras de los hermanos cosechó tal éxito de público que el periodista del *Heraldo*, Rafael Marquina llegó a comentar: "*los esmaltes de "Pincia" son, en la actualidad, lo más acabado, bello y perfecto que se conoce. En Madrid han producido sensación y constituyen una de las notas más celebradas de este certamen*".

Especial relevancia tendría en su trayectoria artística el año de 1929, en el que ambos hermanos desplegaron una febril actividad, labor estimulada por el éxito y una creciente aceptación. Por entonces, colaboraba con ellos su gran amigo vallisoletano, el dibujante y escultor Juan José Moreno "Cheché", quien trabajaría en Vigo en el taller de los Hernández, proporcionándoles dibujos y bocetos para sus objetos de orfebrería.

Los hermanos Hernández trabajando con Cheché en su taller de la Puerta del Sol en Vigo (1925)

Ese mismo año, van a conseguir su espaldarazo definitivo en la capital de España, a través de la importante exposición que montarían en colaboración con "Cheché", a fines de mayo, en la Sala del Círculo de Bellas Artes, y en la que darían a conocer lo más selecto de su producción. De nuevo bajo el título solariego de "Pincia", ambos hermanos concurrirían al escenario artístico madrileño, esta vez ya individualmente, con la que sin duda constituía su exposición más ambiciosa hasta el momento. En un rincón de la Sala del Círculo, Osmundo y Eloy -secundados por "Cheché-, reunirían una rica y variada colección de modernos esmaltes, artísticas joyas y suntuosas piezas de orfebrería, destacando como obra de mayor empeño un curioso y medievalizante busto-relicario, de plata repujada, marfil, esmaltes y pedrería, titulado *Ella*.

Inauguración de la Exposición -Pincia- en el Círculo de Bellas Artes (1929)



Busto relicario -Ella- (h. 1929)

La crítica coincidiría unánimemente en reconocer que desde hacía mucho tiempo no se recordaba en Madrid mejor colección de joyas, ni obras más originales y logradas, tanto desde el punto de vista artístico como técnico. A la modernidad y avanzado diseño de los esmaltes y trabajos de orfebrería, que respondían en muchos casos al más genuino estilo *Art Déco*, se unía la perfección y virtuosismo en el oficio, así como la decidida voluntad de crear nuevos tipos, enlazando sin embargo con la tradición de la antigua orfebrería española.

Poco tiempo después -concretamente en el mes de junio-, Osmundo y Eloy tendrían la satisfacción de ser invitados por la Dirección General de Bellas Artes para participar en la magna Exposición Internacional celebrada ese mismo año en Barcelona. Allí, en el centro de una de las siete salas que ocupaba la sección española, figuraría dentro de una vitrina su hierático busto-relicario titulado *Ella*, que tanta curiosidad había despertado días antes en la muestra del Círculo de Bellas Artes madrileño.

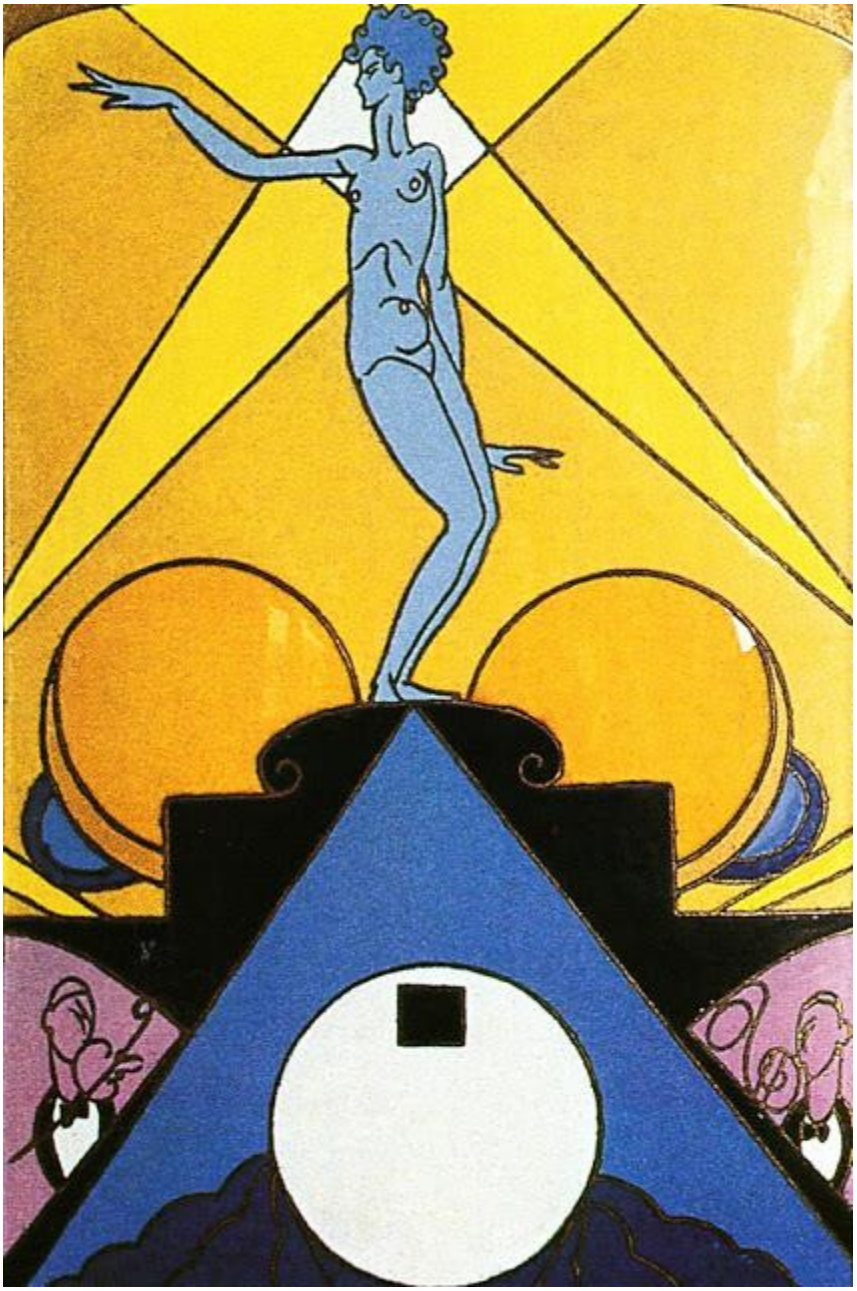
Plato de Venus I (entre 1922-1929)

Plato de Venus II (entre 1922-1929)

Tras el paréntesis del verano, en noviembre de 1929, concurrirían en Madrid al IX Salón de Otoño con *Dos cabecitas esmaltadas*, juzgadas por Fernando De´Lapi como "*dos pequeñas obras maestras*". Asimismo, en los meses de noviembre y diciembre participarían en las dos Exposiciones de Artistas Gallegos, celebradas respectivamente en los centros gallegos de Buenos Aires y Montevideo. Los Hernández enviaron una bellísima colección de esmaltes, azabaches y objetos de plata repujada, entre los que destacó su laureada *Dama de Castilla*. La exposición supuso todo un éxito, no sólo artístico, sino también comercial, ya que, por nutrida suscripción de la colonia española, se adquirieron numerosas obras para museos de ambas ciudades, aparte de las que se vendieron a coleccionistas particulares. Especial acogida tendrían las piezas remitidas por Osmundo y Eloy, iniciándose a partir de entonces sus frecuentes contactos con América, a cuyos países irían a parar un buen número de sus mejores obras.

Cuchillo y figuras de azabache

Plato de mujer acariciando el cabello (entre 1920-1932)



Desnudo sobre pedestal (entre 1920-1930)

Insistiendo en esta misma línea de promoción de sus obras, al año siguiente acudirían a la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, en la sección de arte decorativo. Era la primera vez que los Hernández concurrían a estos certámenes oficiales, cuyo prestigio e influencia seguían siendo todavía decisivos en el panorama artístico nacional. En esa ocasión presentarían una única obra, un *Busto-retrato de Saturnina Santo Domingo* (la joven y reciente esposa de Eloy) de acusada modernidad y solemne concepción. La escultura combinaba con habilidad diferentes materiales. Así, la cabeza y manos, que eran de plata repujada, iban insertadas en el cuerpo de madera tallada; los ojos del enigmático rostro, estaban realizados con jade, lapislázuli y ónice; mientras que las uñas de la mano eran de coral.

Busto retrato (h. 1930)

Aunque este interesante retrato no fue premiado, tal vez por parecer al jurado en exceso vanguardista, ambos hermanos decidirían a partir de entonces concurrir a estas importantes exposiciones bienales, conscientes del protagonismo y repercusión que tenían en el moderno arte decorativo, así como de la necesidad de dar a conocer sus últimas y cada vez más ambiciosas creaciones.

Como la inmensa mayoría de los artistas de su generación, la llegada de la Segunda República (14 de abril de 1931), llenaría de esperanza y optimismo a ambos hermanos, tal como pone de manifiesto el envío que hicieron a *El Norte de Castilla* de un dibujo alegórico para conmemorar el 14 de abril, un año después de la creación del nuevo régimen. En mayo de 1932 se presentarían por segunda vez a la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, logrando esta vez una segunda medalla por el conjunto de las obras presentadas. Se trataba de tres interesantes obras, que llamarían poderosamente la atención: la modernísima y sugestiva *Mascarilla* en chapa de cobre repujado y esmaltado a fuego; la realista *Cabeza de estudio*, repujada en cobre dorado -retrato de un viejo repartidor de su taller-, y, sobre todo, la titulada *Eva*, busto prolongado de mujer, repujado en cobre y dorado, obra del más depurado clasicismo que, por otro lado, hacía evocar de inmediato la tradición española de los bustos relicarios del Renacimiento. Por cierto, en los siguientes links encontrareis las distintas partes de las que se compone esta serie.

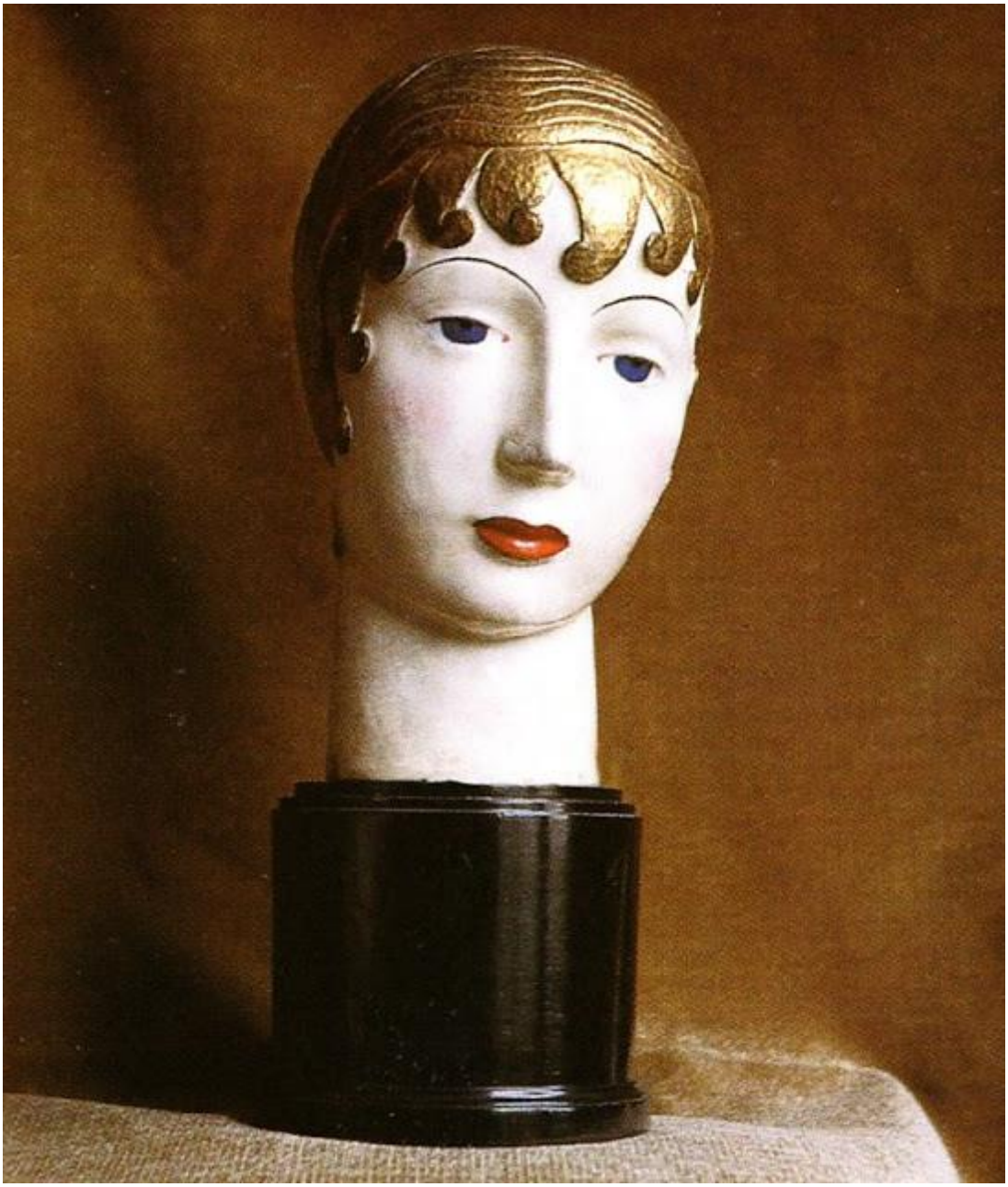
Mascarilla (1932)

Busto de Eva (h. 1932)

Con ese notable triunfo, se iniciaba para ambos hermanos una larga serie de premios y honores en el ámbito nacional, que supondrían el merecido reconocimiento oficial y de los círculos artísticos a su callada y entusiasta labor. A partir de entonces y durante varios meses van a trabajar intensamente con vistas a reunir y llevar un grupo importante de obras al próximo Certamen Nacional de Bellas Artes, al mismo tiempo que acariciaban como gran proyecto poder celebrar una exposición en París.

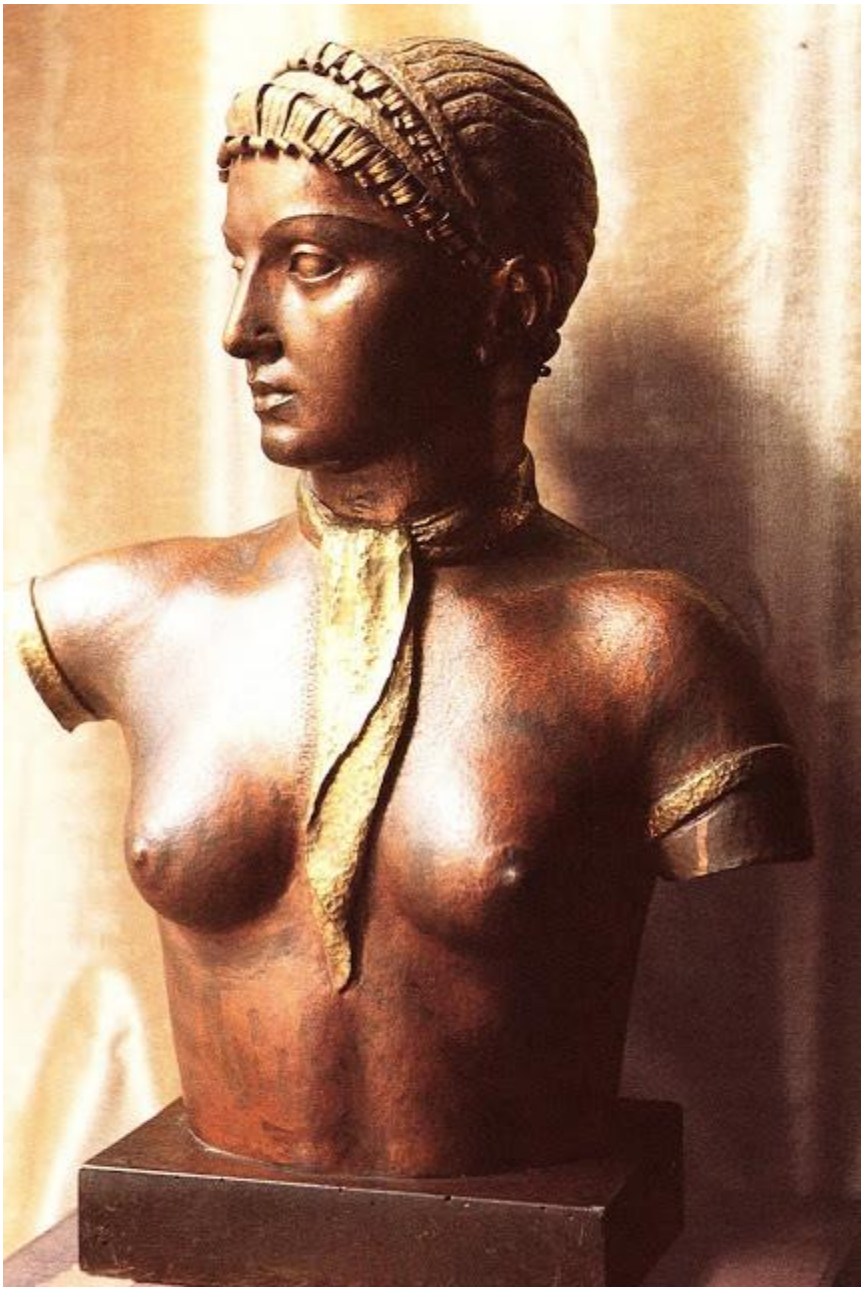
En mayo de 1934, se presentarían nuevamente a la gran exposición bienal, muestra que constituiría el mayor esfuerzo hecho hasta entonces por ambos hermanos para dar a conocer la ya variada y rica producción de su taller. Sería, asimismo, el escenario de uno de sus más importantes triunfos, al obtener por el conjunto de las obras presentadas uno de los más altos galardones que recibirían en toda su carrera: la primera medalla en la sección de Arte Decorativo, distinción que significaría el unánime reconocimiento y su espaldarazo definitivo a escala nacional. Los Hernández remitieron veintidós piezas de muy variados materiales y tipología, que iban desde las creaciones escultóricas en metal y de tamaño del natural a joyas, medallas, copas de plata, cuadros esmaltados, figuras de marfil o azabaches. Especialmente atractiva resultaba la moderna cabeza femenina, repujada y esmaltada a gran fuego, titulada *Kiki* (en homenaje a la célebre modelo de Montparnasse) y evocadora de las mejores realizaciones del *Art Déco*. Más tradicional, aunque al mismo tiempo novedoso, era el enfoque de la estilizada y austera escultura de *San Francisco*, trabajada en cobre repujado y que traía a la memoria el románico rural gallego. Por último, destacando de entre todo lo presentado, figuraba el bellísimo *Busto de mujer*, repujado en chapa y cobre y con cabello y pañuelo anudado al cuello dorados, espléndido desnudo que suscitó gran admiración, tanto por

su indudable modernidad como por su elegante clasicismo.



Kiki (h. 1934)

San Francisco (1933)



Busto de mujer con pañuelo (1934)

Nada más conocerse en su ciudad natal la concesión de la primera medalla, el Ayuntamiento de Valladolid, en sesión celebrada el día 30 de julio, nombró a ambos hermanos "*Hijos distinguidos*" de la misma, sumándose al homenaje que en los días próximos se pensaba celebrar. En efecto, el 2 de julio, la ciudad ofreció en su honor un concurrido banquete en el Hotel Francia. Organizada por iniciativa de sus amigos, los pintores Aurelio García Lesmes y Constancio Núñez, Bernardo de los Cobos, José Fernández Muñoz, Pedro Camino Conde y un grupo de entusiastas ateneístas, más de ochenta comensales se reunieron en torno a los hermanos Hernández para celebrar su triunfo, ostentando la representación oficial el gobernador civil, el alcalde -don Antonio García Quintana- y el presidente de la Diputación.

Banquete homenaje de la ciudad de Valladolid por la Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1934

En 1933, la máxima autoridad española en esmaltes, el doctor Victoriano Juaristi, después de haber viajado expresamente a Vigo para estudiar de cerca su técnica y su producción, había incluido

sus nombres en su conocido libro*Esmaltes, con especial mención a los españoles* (publicado por la Editorial Labor de Barcelona), dedicándoles un amplio comentario, al tiempo que los consideraba entre los principales artistas nacionales que lo cultivaban.

Excursión por tierras navarras con el experto en esmaltes Victoriano Juaristi. Monte Aralar

Excursión por tierras navarras con el experto en esmaltes Victoriano Juaristi. Esmalte de San Miguel in Excelsis

En el verano de 1934 fue cuando decidieron hacer realidad uno de sus más acariciados sueños, proyectado ya en los años de su juventud: la reproducción a su tamaño del célebre frontal de Santo Domingo de Silos, conservado en el Museo Provincial de Burgos. Tras obtener la pertinente autorización, se trasladaron a Silos, donde pasarían unos días de descanso en la hospedería del monasterio y tendrían ocasión de convivir con los monjes. Durante todo un mes de residencia en Burgos, los Hernández dibujarían a acuarela los múltiples detalles y adornos del frontal, llevando a cabo la ejecución material de la obra algo después, concretamente acabarían la reproducción nada más terminar la Guerra Civil.

Frontal de Silos (entre 1934-2006)

En el mes de noviembre de ese mismo y fructífero año -1934-, mientras planeaban hacer realidad algunos proyectos largo tiempo anhelados -como montar una exposición en París y acudir con sus obras a los certámenes que iban a celebrarse en Monza y Florencia-, serían invitados a participar nuevamente en el Salón de Otoño de Madrid. En aquella ocasión, y a propuesta unánime del jurado, se nombraría a ambos artistas "Socios de mérito de la Asociación de Pintores y Escultores", por un bajorrelieve de asuntos gallegos.

A comienzos de 1935 ultimaban otra de sus más importantes obras -un magnífico *Retrato de niña*, busto de plata repujada y esmaltada-, con destino a la Exposición Nacional de Artes Decorativas, que iba a celebrarse en el mes de mayo en la capital de España. Era éste el primer año en que dicha sección se desgajaba de los tradicionales Certámenes Nacionales de Bellas Artes, con el fin de realzar y fomentar las artes aplicadas en nuestro país. En el citado Concurso Nacional, los hermanos Hernández lograrían uno de los más destacados triunfos de su carrera artística, al obtener el primer premio de la sección de orfebrería esmaltada, máximo galardón que les fue otorgado por ese precioso busto de niña -retrato de una viguesita-, soberbiamente trabajado en plata repujada y esmaltada (cabello en oro, ojos y vestido en suaves tonos azules).

Busto de niña (1935)

El busto, que llamaría poderosamente la atención en los medios artísticos por su impecable ejecución y extraordinaria delicadeza, tras clausurarse el certamen, a mediados del mes de junio, sería exhibido en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid. Ambos hermanos -de paso por la ciudad castellana en su viaje a Vigo- dejarían en depósito durante unos días la obra premiada en una de las salas del Museo, para que pudieran contemplarla sus paisanos.

El Premio Nacional de Orfebrería vino a refrendar su brillante trayectoria artística y a acrecentar su fama, que ya por entonces no se limitaba únicamente al ámbito nacional. Más allá de nuestras fronteras se apreciaba la calidad exquisita de su arte; y de Suiza, Francia, Inglaterra e Hispanoamérica recibían frecuentes encargos -principalmente de joyas-, contándose entre su principal clientela algunos ricos indianos que no vacilaban en pagar fuertes sumas por sus trabajos.

A comienzos de agosto de 1935 acudirían con sus obras a La Coruña, montando una de sus exposiciones más completas en el salón de la Asociación de Artistas. Allí cuidadosamente dispuestas en vitrinas, ofrecerían una amplísima variedad de sus trabajos, presididos por sus dos esculturas recientemente galardonadas (los Bustos de Mujer y de Niña premiados respectivamente en la Nacional de Bellas Artes de 1934 y en el Concurso Nacional de Artes Decorativas de 1935).

Inauguración Exposición Nacional de Artes Decorativas de 1935

Tras pasar por algunas exposiciones más, la Guerra Civil vino a alterar los planes de una mayor proyección de ambos hermanos en el extranjero, frustrando, entre otros, sus planes de participar en la Exposición Internacional de París de 1937. Concretamente, su última obra, uno de sus más ambiciosos bustos esmaltados, titulado *La dama del mantón de Manila*, no pudo ser enviado a su destino a causa del estallido de la Guerra.

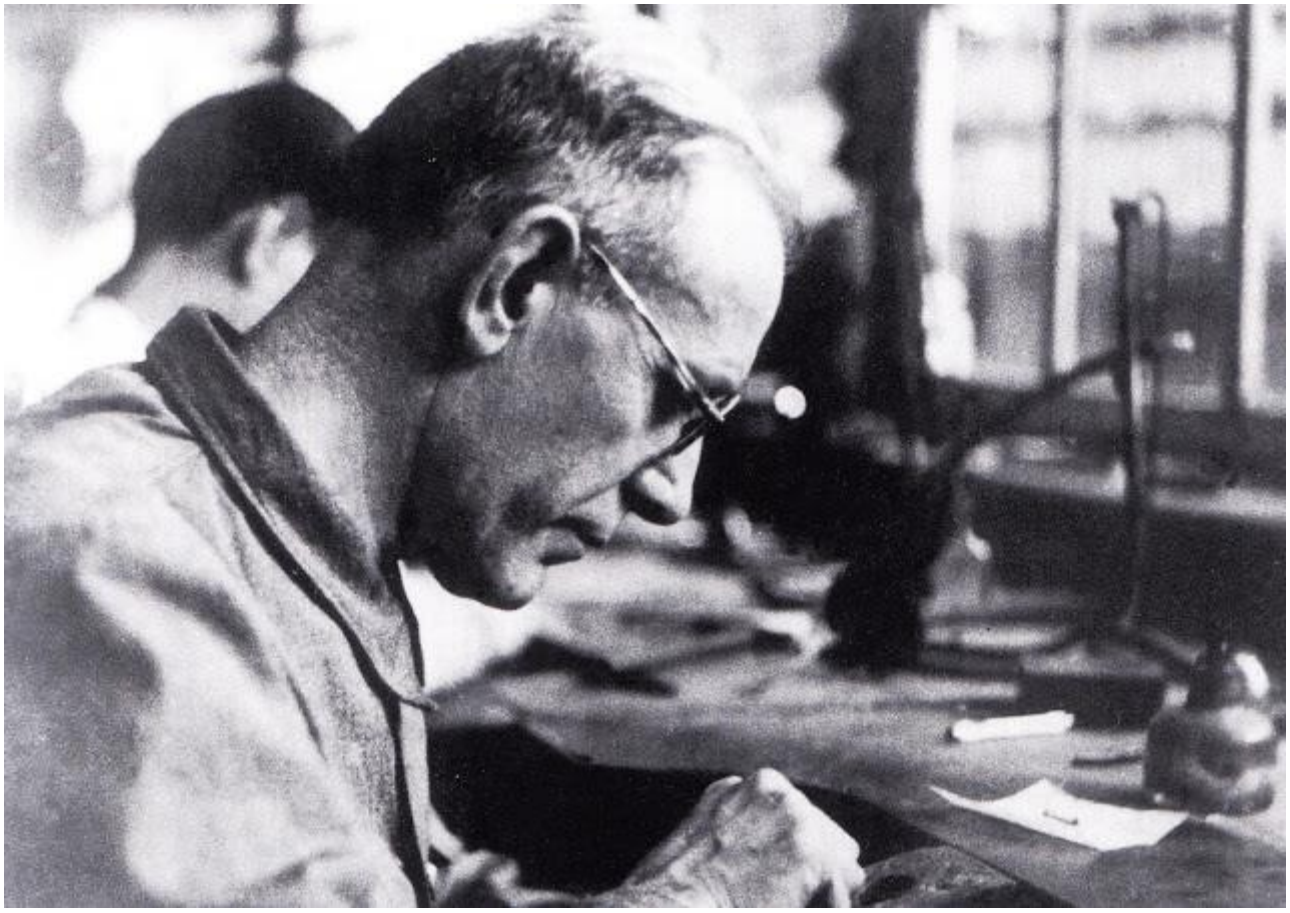
Aunque sus simpatías políticas nunca estuvieron del lado franquista, hubieron necesariamente de plegarse a la nueva situación, continuando su labor durante esos años con la misma entrega y dedicación de siempre. Tampoco les faltarían por entonces encargos de importancia, algunos directamente relacionados con la dramática situación que atravesada el país. Así, por ejemplo, en agosto de 1937 y por encargo del marqués de la Vega de Anzo, labrarían con el bronce de las bombas arrojadas sobre Oviedo, el asta y cruz-remate de la Bandera de la Victoria, que había sido bordada en la fábrica de tapices de León, para ser llevada a los parapetos, y más tarde al Museo de Historia de la capital asturiana. Se trataba de una reproducción exacta de la célebre cruz que Alfonso III mandó hacer en 908 y donó a la Catedral ovetense, en cuya Cámara Santa se conserva.

Meses antes, habían realizado la mayor obra en esmalte de su carrera, encargada por el Colegio de Agentes Comerciales de España para ser regalada al dictador Francisco Franco. Se trataba de una gran placa esmaltada, de metro y medio de altura, que representaba al *Cid Campeador*, magnífico trabajo repujado sobre chapa de metal, que tras ser expuesta en un comercio de la calle Santiago de Valladolid, fue enviada al Palacio del Pardo, en una de cuyas escaleras estuvo colocado durante bastantes años.

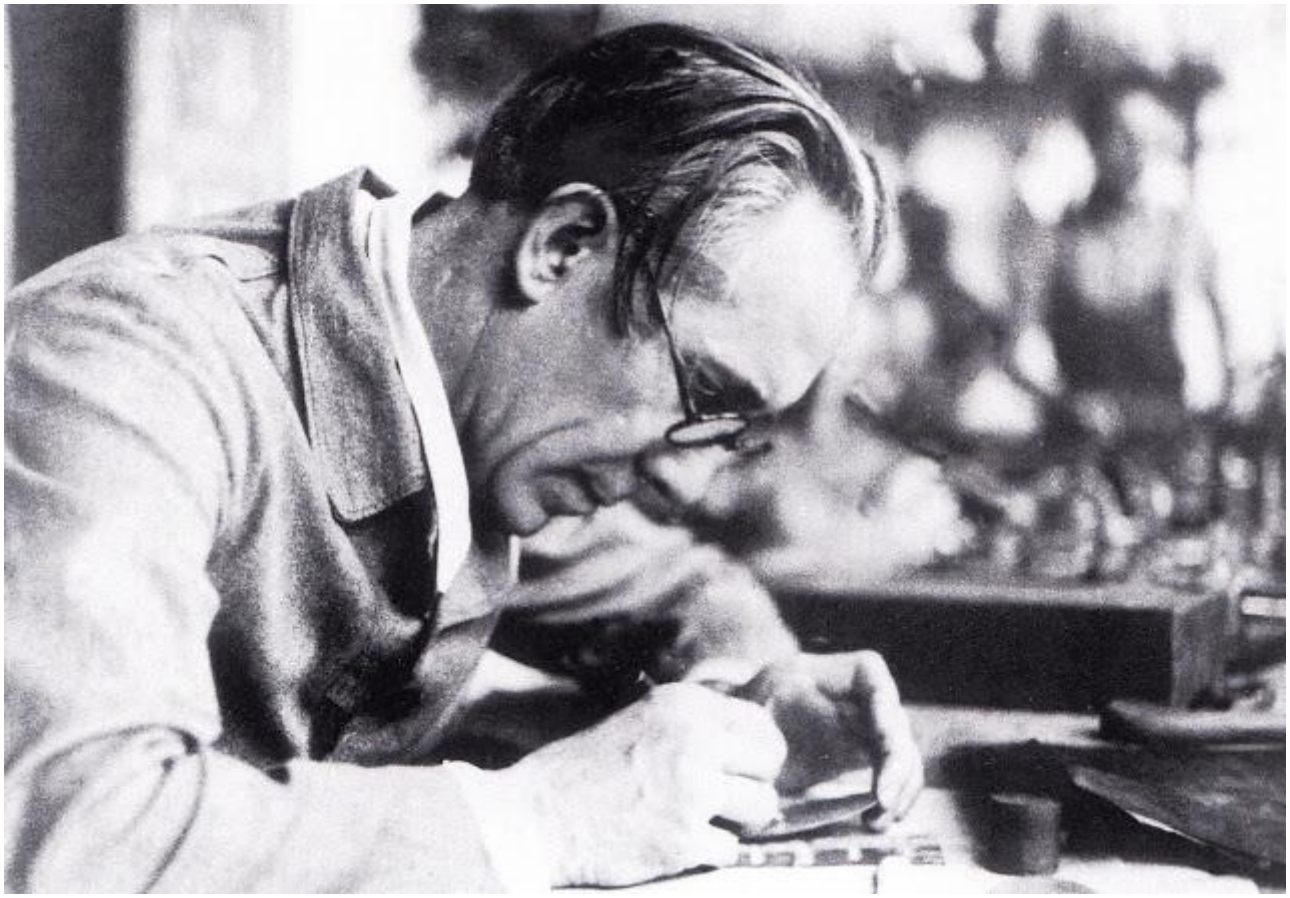
El Cid Campeador

Pasados los años de la contienda y los inmediatos de la posguerra, ambos hermanos reanudarían su actividad con mayor entusiasmo si cabe, volviendo a comparecer en importantes exposiciones y certámenes. De esta suerte, obtendrían un notable éxito en la Exposición de Industria y Arte galaicos, celebrada en Vigo en 1944, en cuyo Pabellón Municipal exhibirían su *Dama del mantón de Manila*. Fuera de Galicia, su firma sería también estimada en todas partes, juzgándoseles entre los más prestigiosos artífices de la moderna orfebrería española. Así lo ratificaban por entonces los elogiosos comentarios que les dedicaría Victoriano Juaristi desde Pamplona, luego recogidos en un artículo publicado en *El Pueblo Gallego*, de Vigo. En él, tras constatar con tristeza la decadencia y el desinterés que se tenía por el esmalte en toda Europa, obscurecido por la mayor aceptación de otras técnicas, más fáciles e industrializadas, pero de escaso valor artístico, señalaba cómo muy pocos especialistas habían tenido la virtud de perseverar, y cómo entre ellos, los hermanos Hernández habían sido en nuestro país los que con mayor entusiasmo y maestría habían devuelto el perdido lustre a la moderna esmaltería. "*A su busca* -escribía- *me dediqué para ver su trabajo e inquirir sus ideas. Tenía de ellos vaga noticia por la Prensa, que dio cuenta de una Exposición celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Me costó tiempo y trabajo dar con ellos. Y ¡qué*

hallazgo! Dos muchachos todo nobleza y cordialidad, tan hábiles como sencillos, tan exuberantes de fantasía como parcos de expresión, con un importante caudal de obras hechas y con un rico programa de obra por hacer, y que ya está logrado. ¡Y lo que te rondaré morena!... ¿Qué saben hacer los Hermanos Hernández? Pues, todo: el campeado, el cloisonné, el translúcido y lo pintado. Ellos saben grabar, cincelar, esculpir y fundir. De haber nacido en el Renacimiento los principales italianos los hubieran mimado como a Benvenuto… Los Hermanos Hernández han hecho audazmente lo que nadie había soñado, en cuanto a tamaño y complejidad de las obras, sin perder en calidad artística. Han puesto el "Non plus ultra" en su taller de Vigo…". "Ahora que la atención del Estado protege a la Artesanía, Eloy y Osmundo deben figurar en la cumbre. Hay que difundir su fama; hay que estar orgullosos de que sean compatriotas nuestros; hay que fundar una Escuela en la que den enseñanzas generosamente…".



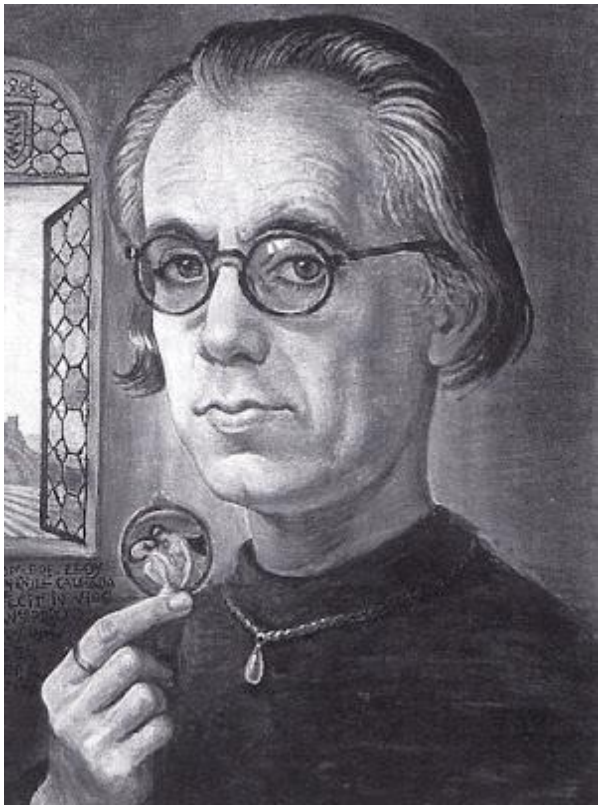
Los hermanos Hernández trabajando en su taller de Vigo. Eloy (1944)



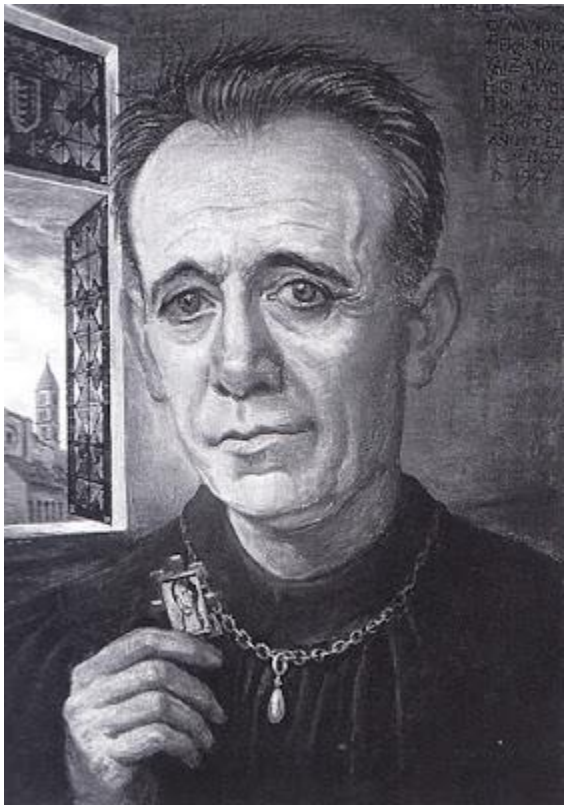
Los hermanos Hernández trabajando en su taller de Vigo. Osmundo (1944)

El 22 de marzo de 1946 les llegó un nuevo reconocimiento desde su tierra puesto que fueron elegidos académicos correspondientes en Vigo de la Real de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, como reconocimiento "*de la depurada labor artística que en diversas facetas -escultura, esmalte y orfebrería- venían realizando y por los éxitos obtenidos dentro y fuera de nuestra nación*", según podía leerse en la comunicación que les remitió el Presidente, don Pablo Cilleruelo Zamora.

Poco después obtendrían otro importante galardón, al concedérseles la Medalla de Oro del V Concurso Nacional de Estampas de la Pasión, celebrado en Madrid en mayo de ese mismo año. La obra premiada fue un esmalte "champlevé", sobre cobre titulado *Piedad*, que representaba a las Tres Marías y San Juan cubriendo el cuerpo de Cristo.



FRANCISCO PRIETO SANTOS. Eloy (1947)



FRANCISCO PRIETO SANTOS. Osmundo (1947)

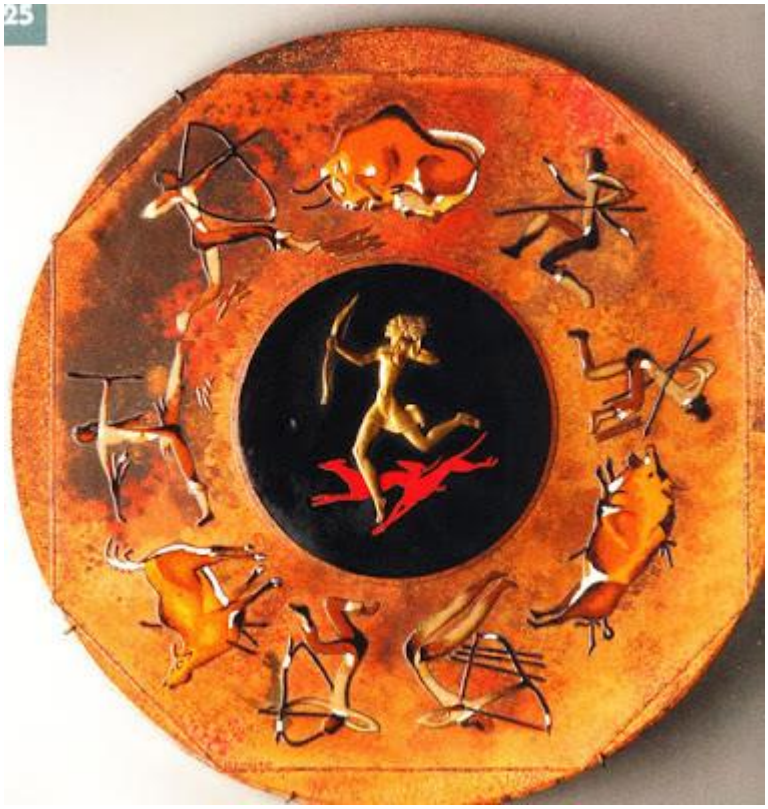
Conscientes de la necesidad de dar a conocer sus trabajos en el extranjero, así como de recabar información sobre las novedades y corrientes que imperaban fuera de España, a lo largo de su carrera harían algunos viajes a Francia, en los que además de visitar nuevamente París, volverían a Limoges, solar de la gran tradición medieval del esmalte. Especialmente interesante sería el que efectuaron a París, a finales de 1950, con vistas a montar allí una exposición. Durante esta estancia y por mediación de la Embajada española concertarían varias entrevistas con los directores de las mejore salas y galerías de arte, sobre todo con la *Carpantie*, preferentemente dedicada a la exhibición de piezas de arte suntuario. Apenas enseñaron a los responsables de la misma una pequeña selección de sus obras, los galeristas, entusiasmados, al punto pondrían a su disposición su sala con el fin de celebrar el año próximo una exposición en la fecha que mejor conviniera a ambos hermanos. Pese a la excelente impresión que causaron sus trabajos, el proyecto no cuajaría, debido a problemas estrictamente comerciales.

En esta época también solían acudir a su taller de Vigo adinerados coleccionistas y compradores, como por ejemplo el multimillonario norteamericano Harry L. Sokol quien, en marzo de 1952 visitaría a ambos hermanos con el fin de adquirir algunas de sus mejores obras, con destino a la Feria Mercantil Española que se celebraría en el mes de mayo en los salones del hotel Waldorf-Astoria, de Nueva York. En aquella ocasión, expresaría asimismo su deseo de comprarles el hermoso políptico esmaltado que reproducía el *Pórtico de la Gloria*, en el que llevaban los Hernández varios años trabajando, con la intención de ofrecer tan preciada obra a la máxima jerarquía de la Iglesia Católica en los Estados Unidos, el cardenal Spellman. De todas las regiones, Galicia sería una de las que registrarían mayor participación, destacando en el "stand" de orfebrería el escaparate de los hermanos Hernández, quienes llevaron una buena muestra de su arte: su bellísimo *Busto de niña*, la reproducción del Frontal de Silos y una selección de sus mejores esmaltes.

Pórtico de la Gloria (h. 1950)

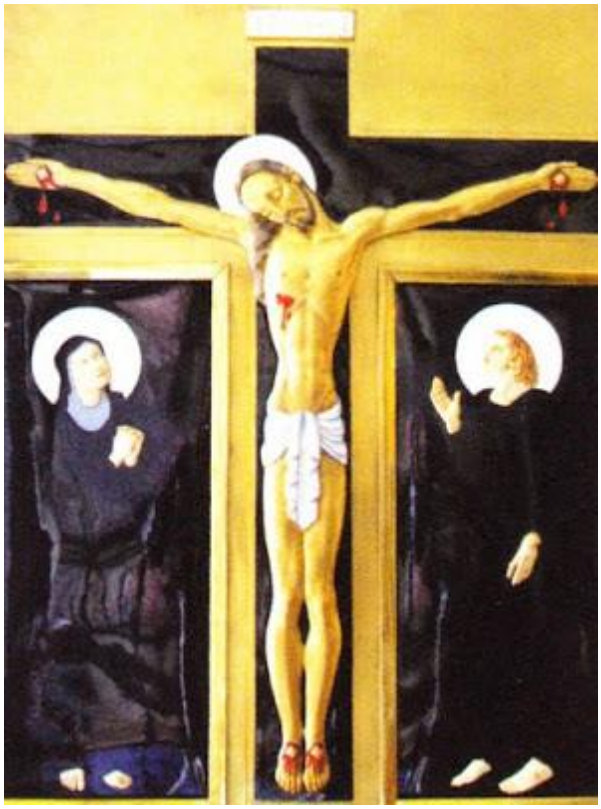
El 20 de julio de 1956 fallecía repentinamente en Vigo Osmundo Gómez. Dos días después sería enterrado en su Valladolid natal en el panteón familiar. La muerte del hermano afectó profundamente a Eloy, pues siempre hubo entre ellos la mayor compenetración. Renunciando ambos a la vanidad personal, compartirían juntos vida y arte. Ya desde sus comienzos, eran tan inseparables que en Valladolid los llamaban "los Osmundos", pues siempre se les podía ver juntos, paseando o trabajando sin descanso en el taller.

Pese a la impronta indeleble que dejó en Eloy la ausencia del hermano, aquél seguiría trabajando en el mismo silencioso obrador, ayudándose ahora de sus dos hijos -Julián y Eloy-, ya por entonces excelentes artífices, quienes tras su formación en el seno familiar y en la Escuela de San Fernando de Madrid, ingresarían en el equipo artístico, continuando así la tradición y el prestigioso nombre "Hermanos Hernández". Convertido en patriarca de la familia, Eloy mantendría pujante el taller durante bastantes años, ayudándose cada vez más de sus dos eficaces colaboradores y continuadores de los secretos de su arte. Ambos -los actuales hermanos Hernández- recogerían la llama de esa verdadera escuela artesanal, prolongando el peso glorioso de la firma prácticamente hasta nuestros días.



Alegoría de la caza (h. 1958)

En mayo de 1958, Eloy participaría en la Exposición Nacional de Orfebrería Moderna, organizada por la obra sindical de Artesanía, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. En la citada muestra se dieron cita los principales talleres y escuelas del país, desde la andaluza (representada por el sevillano Manuel Seco y los cordobeses Manuel Aumente y José María González), a la catalana (Masriera y Carreras) o madrileña (Juan José García). La orfebrería galaica tuvo su principal exponente en los trabajos de nuestro artista, quien expondría una estilizada *Crucifixión* y unos encantadores platos esmaltados, con temática de escenas de caza inspiradas en la pintura levantina rupestre.



Crucifixión (h. 1958)

Ese mismo año acudiría con sus obras a la Exposición Universal de Bruselas -la célebre *Expo* que tuvo lugar de abril a octubre en la capital belga-, y poco después, sería seleccionado para otra importante muestra en Suiza, a la que únicamente fueron invitados el catalán Morató y la firma Hermanos Hernández.

Por estos años son muy numerosos y casi continuos los certámenes y ferias de Artesanía, dentro y fuera de España, a los que acude Eloy ayudado por sus dos hijos. Así, en agosto de 1959, llevarían una muestra de su arte a la Feria Popular de Oporto, figurando en el pabellón de Pontevedra su ya famosa reproducción del frontal de Silos, juntamente con una serie de tallas en azabache.

A primeros de mayo de 1960, los "Hermanos Hernández" consiguen un nuevo éxito en la Exposición de Artesanía, montada por la Casa Sindical de Barcelona, y meses después Eloy recibiría el primer premio de la sección de escultura de la Primera Exposición Regional de Arte Gallego, organizada por el Ayuntamiento de Vigo. La obra de Eloy, que recibiría el máximo galardón, llevaba por título *Maternidad* y ponía ya de manifiesto una indudable evolución en el artista hacia fórmulas de mayor modernidad. Se trataba de una estilizada escultura en bronce, muy grata por su delicada concepción formal y simplicidad de líneas.

Maternidad (h. 1960)

Por entonces, si tienda-taller del primer piso del número 15 de la calle del Príncipe ya se había convertido en una exposición permanente, mostrándose con gusto exquisito y en vitrinas sus principales creaciones. En las diversas dependencias pueden verse aún sus magníficos bustos de cobre o plata esmaltados, sus encantadores marfiles, azabaches y cuadros de esmaltes, figurando en un rincón del mismo la espléndida reproducción del frontal de Silos. Allí también pueden contemplarse los numerosos títulos o diplomas obtenidos por ambos artistas, así como dos obras regaladas por dos grandes amigos: el retrato de los dos hermanos trabajando en sus cobres, óleo del abulense Eduardo Martínez Vázquez, y el impresionante grupo escultórico con sus vigorosas efigies, esculpido en mármol negro de Teruel por el tarraconense Santiago Costa, primo del malogrado Julio Antonio.

Salón principal del taller-museo de los Hernández, en la calle del Príncipe (Vigo)

EDUARDO MARTÍNEZ VÁZQUEZ. Retrato de los hermanos Hernández trabajando (h. 1934)

SANTIAGO COSTA BAQUÉ. Retrato de Osmundo y Eloy Hernández

Eloy acariciaba por entonces el proyecto de legar a la ciudad de Vigo su colección particular, con el fin de crear un museo de sus obras, por lo que difícilmente se desprendería de alguna de sus piezas claves. El viejo artista, habiendo rechazado tentadoras ofertas, guardaba para sí sus mejores obras, no sólo porque creía que formaban parte de su existencia sino también pensando en la apertura de un hermoso museo que las custodiara y las diera a conocer.

Sus vínculos con Valladolid continuaban siendo muy fuertes. Eloy aprovechaba la menor ocasión para pasar unos días en su ciudad natal, no sólo para ver a sus hermanos y sobrinos, sino también para evocar tiempos pasados con los numerosos amigos que le querían y admiraban. Solía regresar a Valladolid por Semana Santa, de cuyos desfiles procesionales era ferviente entusiasta, tal como podemos comprobar en unas declaraciones hechas a un periodista en 1965: "*Cada año siento más emoción y cada vez me estremece más nuestra Semana Santa por su organización y sus indudables maravillas artísticas. Uno la quiere y admira tanto que parece que no necesita nada. Quizás una mayor difusión por el mundo*".

En estos últimos años concurre con sus hijos a algunas exposiciones monográficas organizadas por la Obra Sindical de Artesanía, como fue el caso de la Primera Muestra de Azabaches, celebrada en septiembre de 1966 en el Hospital de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, a la que llevaron tres obras: un *Tríptico* (Flagelación, Descendimiento y Ascensión), el altorrelieve *Santiago a caballo* y una bella figura mitológica titulada *Leda*.

Tríptico de la Pasión (entre 1945-1955)

Santiago Matamoros (entre 1945-1955)

Leda (entre 1945-1955)

En julio de 1969, Eloy habría de interrumpir precipitadamente sus vacaciones en Canarias, al recibir la grata noticia de la concesión de la "Medalla de Oro al Artista Artesano" (o "Artesano Ejemplar"), que recibiría de manos del Dictador, el 17 de ese mismo mes en los Pabellones de Artesanía para el Extranjero, montados en la Casa de Campo de Madrid. Se trataba de la máxima distinción nacional, que anualmente -con motivo del 18 de julio, festividad de la Exaltación del Trabajo- otorgaba la Obra Sindical a la figura más destacada del país en el terreno de las especialidades artesanas. Tan alta y a la vez entrañable recompensa, con la que se quería enaltecer a toda la gran familia artesanal, vino a rubricar la labor del ya anciano, pero aún entusiasta orfebre, que siempre quiso trabajar en la más pura tradición manual de la mejor artesanía. Por entonces, el artista, pese a su avanzada edad, conservaba intacto su proverbial buen humor, así como su envidiable vitalidad y extraordinaria fortaleza de ánimo.

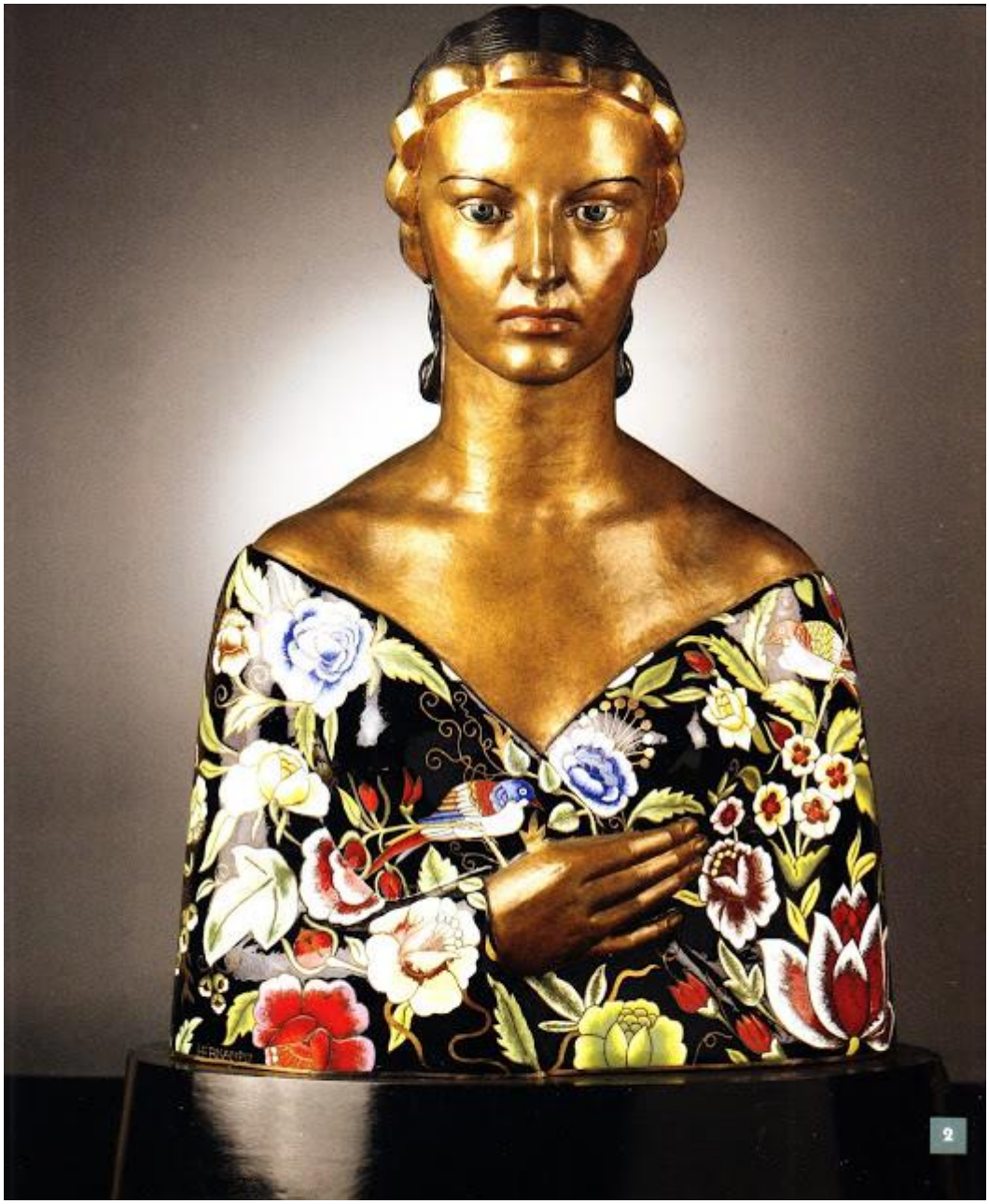
Eloy contemplando la escultura egipcia del escriba sentado en el Museo del Louvre

En marzo de 1972 acudiría con sus esmaltes a la II Feria de Artesanía y Turismo de Palma de Mallorca, en representación de la artesanía pontevedresa, obteniendo el acostumbrado éxito. Eloy fallecería el 1 de octubre de 1974 en Vigo. Dos días después y cumpliendo sus últimas voluntades, su cadáver fue trasladado a Valladolid y enterrado en al panteón familiar.

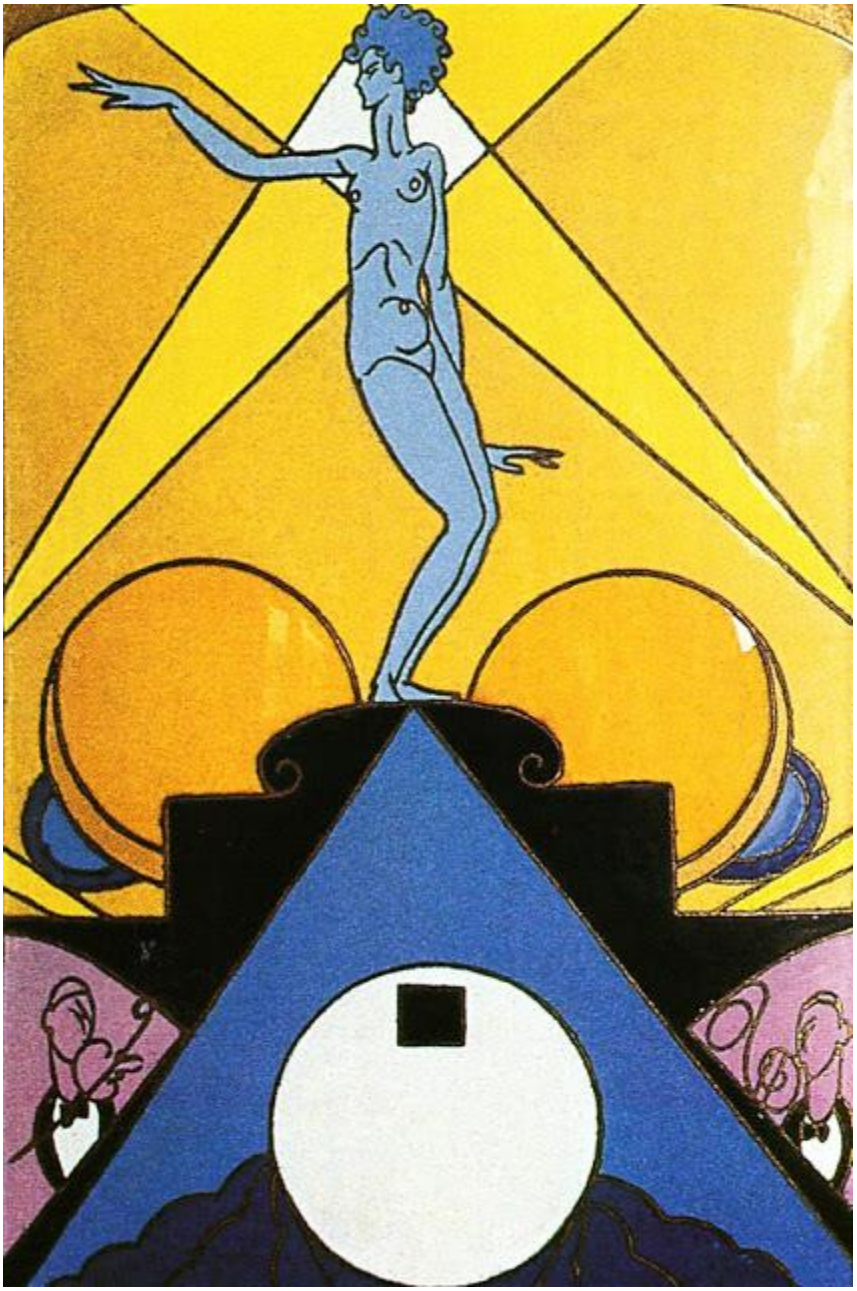
II. Orfebrería, joyería y esmaltería

Osmundo y Eloy Hernández pertenecieron a esa brillante floración de artistas que Valladolid dejó marchar en el primer cuarto del siglo XX, y que lejos de su tierra natal lograron fama y reconocimiento a escala nacional, e incluso internacional. Nombres como Anselmo Miguel Nieto, Eduardo García Benito, Aurelio García Lesmes, Castro Cires, Joaquín Roca, Francisco Prieto, entre otros, pusieron bien de manifiesto ese espléndido momento artístico que vivió la ciudad, fruto en gran medida de la labor desplegada por su Escuela de Bellas Artes.

Desde el punto de vista estético la producción de ambos hermanos se adscribe plenamente a la corriente denominada*Art Déco*. Los años transcurridos en París durante su juventud y posteriormente su afán de constante renovación y puesta al día en cuanto a las modas que llegaban de fuera, daría a su obra una actualidad y sentido de la modernidad que convierte a los Hernández en unos de los mejores exponentes de esta tendencia en nuestro país. Por cierto, en los siguientes links encontrareis las distintas partes de las que se compone esta serie.



Dama del mantón (h. 1936)



Desnudo sobre pedestal (entre 1920-1930)

En la polifacética labor de los hermanos Hernández -esmaltes, orfebrería, escultura en metal, marfiles, joyas, azabaches, repujado en cuero, etc.- se cumple a la perfección uno de los objetivos preferentes del estilo: la voluntad de hacer arte, de hacer objetos estéticamente bellos. Preside toda su obra un refinado ornamentismo, que no excluye un punto de sofisticación y elitismo. Aunque a lo largo de su carrera se observa un cierto eclecticismo e inspiración en los más diversos estilos del pasado, la época de mayor interés de su trayectoria profesional coincide justamente con los años veinte y treinta, momento en que sus obras traducen perfectamente ese gusto por la estilización, esa elegancia del diseño y búsqueda de un depurado geometrismo que define a la nueva corriente.

Por otra parte, sus obras acusan un alto grado de conocimiento de la producción *déco* europea, lo que se explica por la información adquirida directamente en sus viajes y por su inspiración en catálogos y revistas francesas y alemanas que divulgaron ampliamente el nuevo estilo y sus motivos más característicos. Ambos hermanos, siguiendo los postulados del *Art Déco*, estuvieron siempre a favor del trabajo artesanal, recelando de la producción industrial. Conciben las joyas y los esmaltes

para el goce estético, el recreo y fascinación de espíritu, buscando el refinamiento estético, y el decorativismo a ultranza.

Copa de los tres rostros (entre 1930-1940)

La atracción que ejerció en ambos hermanos el "estilo moderno" no les impediría revivir en otras muchas de sus obras todo el mundo antiguo de la tradicional orfebrería española, en especial la del Renacimiento. La imitación de los más variados estilos (medievales, renacentistas) constituye otra de sus especialidades, si bien no suele tratarse de mera reproducción literal o copia servil, sino que toman las tendencias del pasado como punto de partida para sus personales creaciones.

Un armonioso equilibrio entre clasicismo y modernidad preside buena parte de su producción -principalmente la escultórica en metal-, lo que permite descubrir a veces las más diversas inspiraciones, referencias que van desde el clasicismo helénico a la sugestión por el exotismo oriental, lo egipcio, el arte negro, lo bizantino o lo romántico. Decisiva fue la impronta que dejaría en ambos la contemplación de las joyas máscaras de orfebrería egipcias, así como los antiguos esmaltes que pudieron admirar en El Louvre, y que decidirían su vocación, al pretender emularlos.

Adán y Eva (copia de Juan de Arfe) (h. 1920)

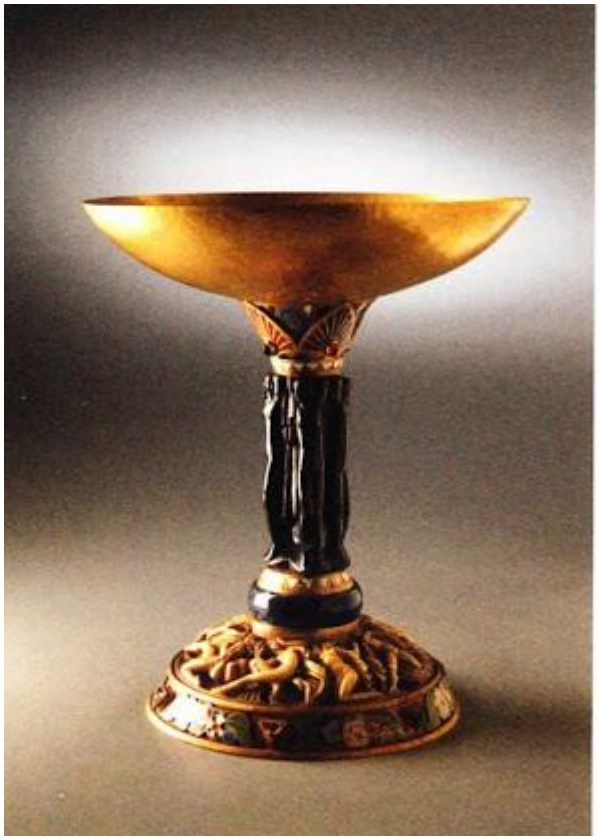
Los hermanos Hernández constituyen, sin duda, un claro exponente del auge que conocieron las artes decorativas en España en los primeros decenios de nuestro siglo, momento en que se pretendieron revitalizar las distintas especialidades suntuarias, potenciándose las exposiciones y certámenes a ellas dedicadas. En este sentido, los años de la Segunda República representarían una etapa de extraordinaria brillantez, tanto en Barcelona como en Madrid. La obra de los hermanos Hernández puede relacionarse con esa moderna orientación y ofrece puntos de contacto y coincidencias estilísticas con algunos de los más interesantes representantes de la orfebrería y joyería de esta época.

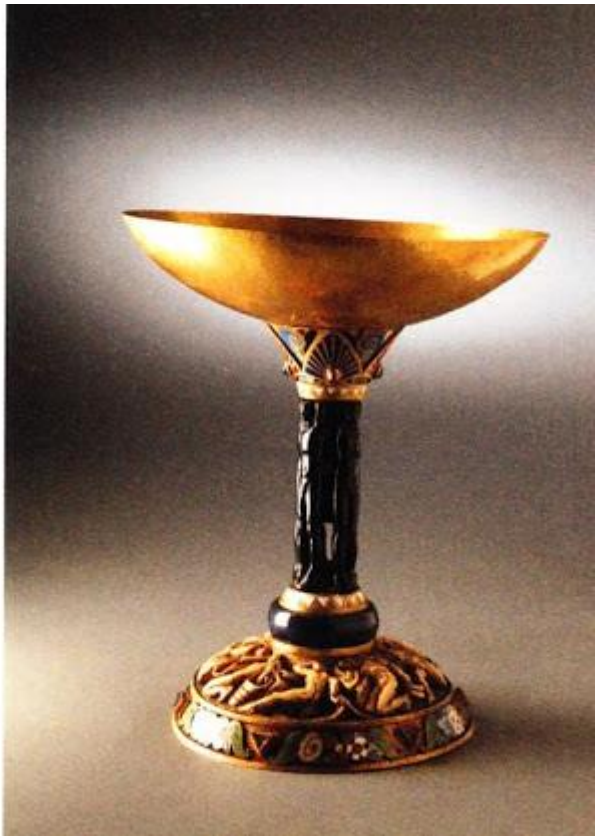
ORFEBRERÍA Y JOYERÍA

Aunque el carácter tan variado y versátil de la labor de Osmundo y Eloy Hernández dificulte encasillarles en una determinada especialidad artística, la actividad primordial y que mejor define

su rica y multiforme producción sería, sin duda, la de orfebres, sin perjuicio de su dominio en otras muchas facetas que van desde las de escultores y esmaltistas a las de grabadores y miniaturistas.

Se sintieron siempre orfebres, en el sentido medieval de la palabra, trabajando artesanalmente, casi como en un taller de la Edad Media o del Renacimiento, negándose a mercantilizar e industrializar su arte. Auténticos continuadores de las antiguas dinastías de artífices, su obra venía a enlazar con la gloriosa tradición de la orfebrería castellana, y más exactamente de su ciudad natal, que había conocido su momento culminante en el siglo XVI. Exhumando viejas técnicas de origen medieval, como el esmalte, el nielado o el cincelado en plata y oro, los Hernández se convirtieron en herederos de los antiguos orfebres del Siglo de Oro, reaccionando frente a la producción en serie y la vulgaridad que sumían en el mero oficio y la pura industria el arte de embellecer aún más los metales y piedras preciosas.





Copa femenina y copa masculina (h. 1929)

Su pasión por la orfebrería les llevaría a estudiar todos los estilos históricos, desde los comienzos de la joyería artística hasta las más modernas creaciones, lo que les permitiría depurar el suyo propio con una tenacidad y perseverancia impropias de los tiempos actuales.

Aunque iniciada ya en la época de su primera formación vallisoletana, sería no obstante en París, en sus años de pensionados, cuando se despertaría con intensidad su vocación por la orfebrería. Allí, en las salas del Museo del Louvre dedicadas a la joyería y la escultura esmaltadas egipcias, contemplando las creaciones de los orfebres bizantinos o de los esmaltistas medievales de Limoges, se revelaría con nitidez su destino y voluntad de artistas. Especialmente llamarían vivamente su atención los ricos objetos suntuarios descubiertos en las tumbas egipcias, las piezas de metal esmaltado, las figuras broncíneas con aplicaciones de esmalte, lapislázuli y otras piedras semipreciosas, collares, brazaletes, anillos…, en los que se empleaba la más depurada técnica del "cloisonné" y se combinaba con exquisita habilidad el oro con la pasta vítrea y las más ricas gemas.

Pulsera (entre 1950-1960)

Decisiva sería también la impronta que dejaría en ambos la esmaltería medieval, aprendiendo en Francia los distintos procedimientos técnicos, de los que llegarían a ser consumados maestros. Asimismo, los refinados objetos suntuarios del Renacimiento llamarían poderosamente su atención, dedicándose más tarde a plasmar en artísticas bandejas de plata, copas de oro y marfil, cofres y selectas joyas todo el primor y sensibilidad de que fueron capaces los grandes orfebres de las principescas cortes italianas. Mayor interés suscitaría en ambos hermanos las espléndidas creaciones del Renacimiento español, reservando su más rendida admiración para esa insigne dinastía de plateros que integraron los Arfe, verdaderos "*escultores en oro y plata*". Pese a esas raíces en la tradición y ese entusiasmo por la antigua orfebrería, su labor no tuvo nunca por meta imitar servilmente obras del pasado. Desde el primer momento se propusieron renovar y dar nueva vida a este arte, hermanando los nuevos gustos con las orientaciones clásicas.

Preside toda su obra una evidente intención de modernidad, el afán decidido de expresarse con un lenguaje de su época. De ahí, la deliciosa orientación *déco* que descubrimos en gran parte de su producción, su plena adscripción al estilo moderno y sofisticado de la orfebrería europea de los años veinte. La ornamentación geométrica y estilizada, que acusa la influencia de la vanguardia cubista y futurista, así como la elegancia y purismo decorativo constituyen los objetos de gran parte de su quehacer, en idéntica línea de la más actual platería en boga por entonces.

Pulsera

A lo largo de su carrera profesional, los Hernández se interesarían por todas las técnicas de la orfebrería, trabajando las más diversas materias preciosas. Así, las operaciones del repujado y del cincelado en plata y oro no ofrecían secretos para ellos. A fuerza de golpes de martillo, y de dentro a fuera, conseguían abombar y dar forma a láminas de plata o de cobre, que posteriormente solían esmaltar.

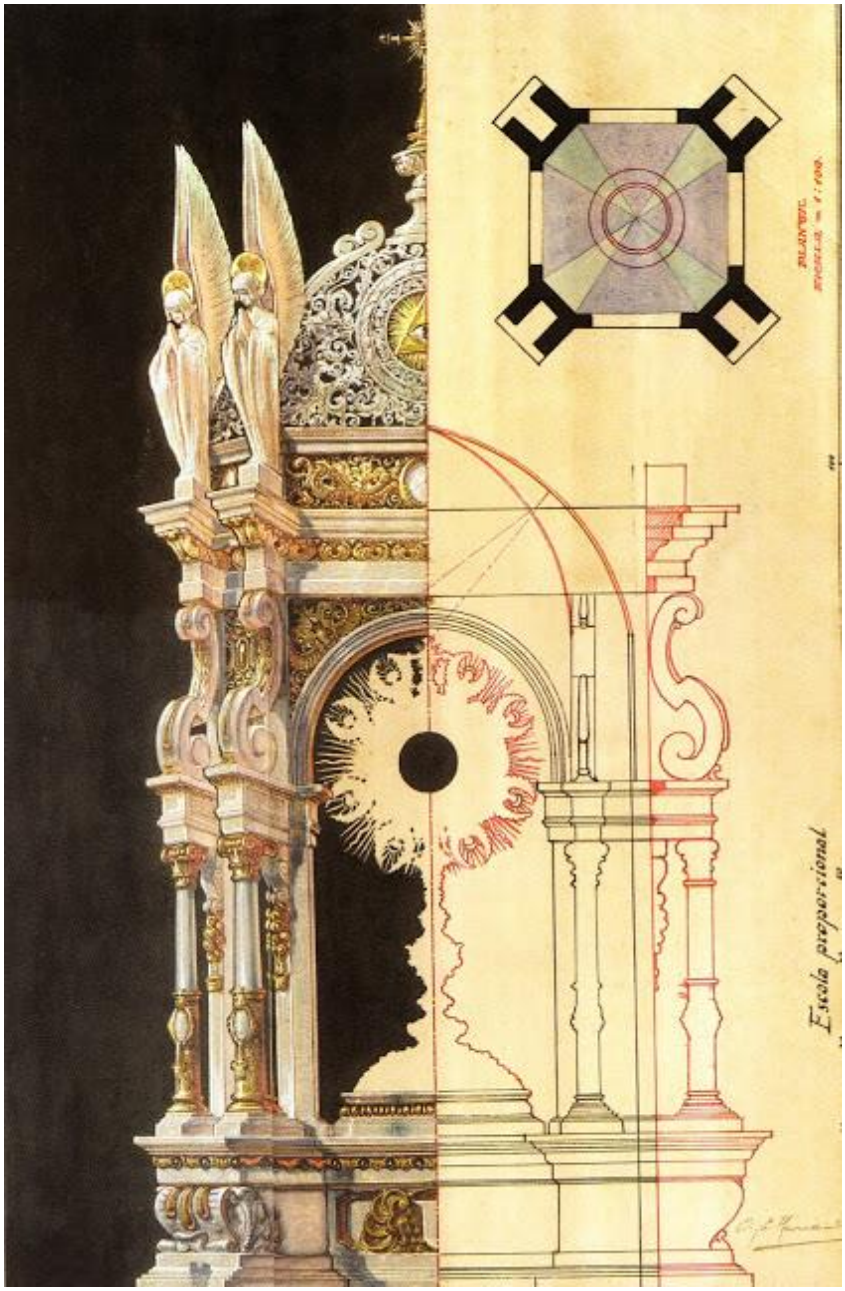
En sus comienzos, allá por los años veinte, se dedicarían durante algún tiempo al delicado arte del nielado, casi por entonces desaparecido. Por otra parte, el perfecto dominio de los procedimientos tradicionales les llevaría a experimentar nuevas modalidades, como por ejemplo a grabar al aguafuerte sobre plancha de cobre cubierta de piel o a trabajar piedras y materiales difíciles de labrar, tales como lapislázuli, cristal de roca, marfil, azabaches, etc. Este último, de tanta tradición en tierras galaicas, llegarían a cultivarlo con singular destreza, no sólo como aplicaciones en piezas de joyería o en esmaltes, sino tallando en él verdaderas esculturas en considerable tamaño.

Cuchillo y figuras de azabache

La rica policromía con que decoraban sus obras la obtenían a través del esmalte -faceta que dominaban como los más grandes especialistas europeos de su tiempo-, bien por medio del

concurso de la pedrería. Sus piezas y joyas nos ofrecen admirables labores en duras gemas primorosamente talladas, camafeos, jade, coral, marfil, alabastro, etc.

Especial interés tendrían sus trabajos de carácter religioso, con los que pretendían continuar la tradición de la orfebrería española, la cual por entonces conocía una profunda crisis, habiéndose perdido prácticamente por completo su secular prestigio. Los hermanos Hernández, como Félix Granda, el sacerdote artista, se propusieron resucitar la vieja orfebrería, de tan gloriosa tradición española, y crear un arte cristiano moderno, incorporando muchas veces rasgos de modernidad a los viejos estilos de otros siglos.



Expositor de la custodia de la catedral de Valladolid (1931)

Custodia de la iglesia de Santiago el Mayor de Vigo (1950)

Mayor importancia tuvo su dedicación a la platería civil, actividad que les supondría numerosos encargos y un bien merecido prestigio en todo el ámbito nacional. A lo largo de su dilatada trayectoria profesional realizarían gran número de notables objetos artísticos, destinados a multitud de centros, corporaciones y sociedades varias: desde valiosísimos trofeos deportivos o bellísimas placas acreditativas de premios u homenajes, hasta deslumbrantes condecoraciones y medallas, lujosas cubiertas de libros, exquisitas pitilleras, deliciosos ceniceros, etc. Fueron especialmente celebradas sus copas y trofeos para torneos futbolísticos, labrados en plata y con admirables labores esmaltadas representando alegorías deportivas.

Broche ondas (h. 1930-1940)

Como los orfebres del Renacimiento, muchas veces harían exquisitas y selectas piezas suntuarias no destinadas a la venta, sino para ser expuestas en certámenes y exposiciones, obras que guardaban celosamente para sí, con la intención de poder crear algún día un museo público de sus mejores creaciones.

Pero es sin duda en el difícil arte de la joyería donde ambos hermanos ofrecen la mejor medida de su habilidad como orfebres. A partir de su estancia en París van a iniciar una intensa actividad en el campo del diseño y producción de la joya artística. Desde sus primeras realizaciones, los Hernández van a acometer la empresa nada fácil de dignificar la joyería artística, que en su opinión se había comercializado y banalizado en exceso. Frente a la decadencia que ofrecía la moderna joyería, ostentosa y exenta de inspiración estética, los Hernández trabajarían incansablemente para hallar una nueva tipología, para crear piezas originales y de elegante diseño.

Reloj de Eloy Hernández (h. 1930-1940)

ESMALTERÍA

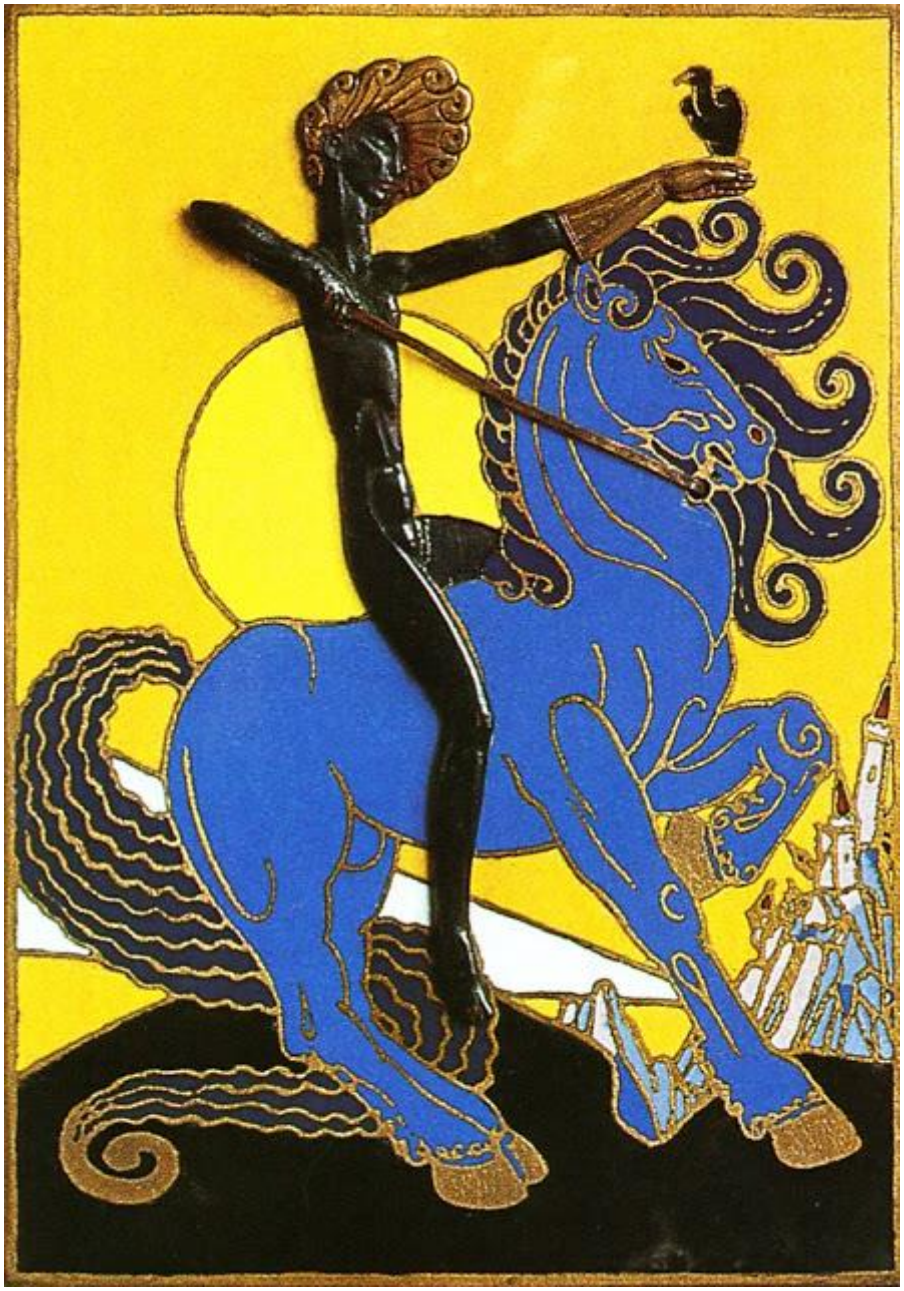
La gran especialidad de los hermanos Hernández, la modalidad en que su arte raya más alto y a la que dedicaron mayor atención fue, sin duda, el esmalte, faceta en la que harán gala de una depurada destreza y de un estilo muy personal. En ella alcanzarían auténtico prestigio internacional, situándose entre los mejores cultivadores españoles de este género.Verdaderos virtuosos en este campo, los hermanos Hernández cultivaron todas las técnicas y abordaron todos los temas, aunándose su prodigioso dominio del oficio con una sólida formación e insaciable curiosidad por el estudio y conocimiento de las diferentes escuelas y talleres de la esmaltería medieval.

Tras haber gozado de considerable tradición, el arte del esmalte tenía en España a comienzos de siglo escasos cultivadores. No obstante, el estallido del Modernismo, con su renovación de la joyería, supondría una revitalización de todas estas técnicas, y en especial de la del esmalte. Esta hermosa y difícil especialidad tendría en el ámbito catalán su mejor expresión, concretamente en las refinadas creaciones modernistas de los hermanos Masriera, y posteriormente en la Escuela Massana de Barcelona, a través de destacadas figuras como Mariano Andreu y Miguel Soldevila.

Plato de mujer acariciando el cabello (entre 1920-1932)

En el resto de España, la contribución al resurgimiento y puesta en boga de la esmaltería se nos ofrece dispersa, pero no de menor significación. Y así pueden mencionarse, al lado de los hermanos Osmundo y Eloy, a los hermanos Arrúe en San Sebastián, al doctor Victoriano Juaristi, en Pamplona y en Madrid, a Félix Granada. Las obras de todos ellos se mostraban como una esperanza de un renacimiento del esmalte español, que volviera a situar en un puesto decoroso a esta preciada industria artística, en decadencia por entonces prácticamente en toda Europa.

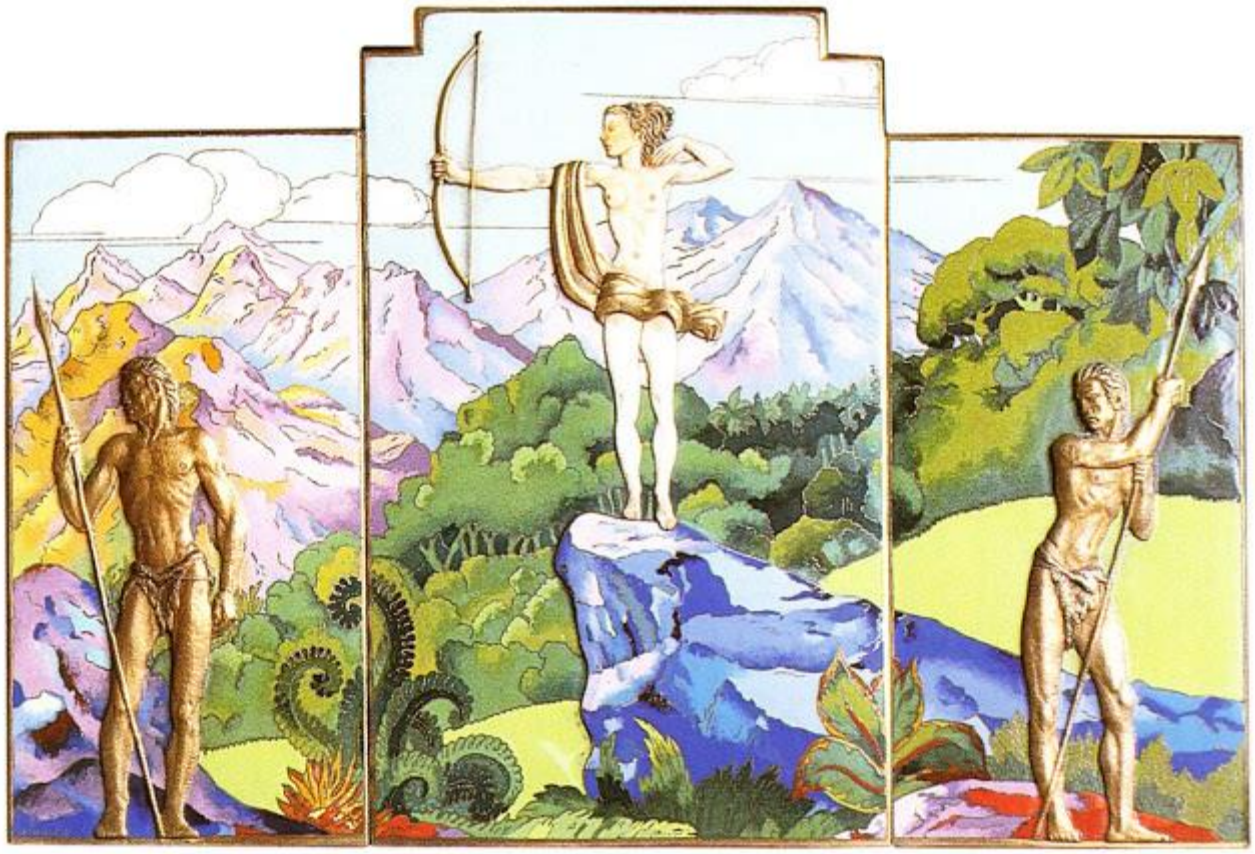
Pocas veces el esmalte ha alcanzado entre nosotros una perfección tan acabada y bella como vemos en la variada y original producción de los hermanos Hernández. Difícilmente se puede sacar más provecho a las grandes posibilidades decorativas que el esmalte ofrece, mayor vistosidad y atractivo a los maravillosos colores e irisaciones que posee, o más inventiva en los temas y combinaciones con otros materiales.



Diana cazadora (entre 1920-1930)

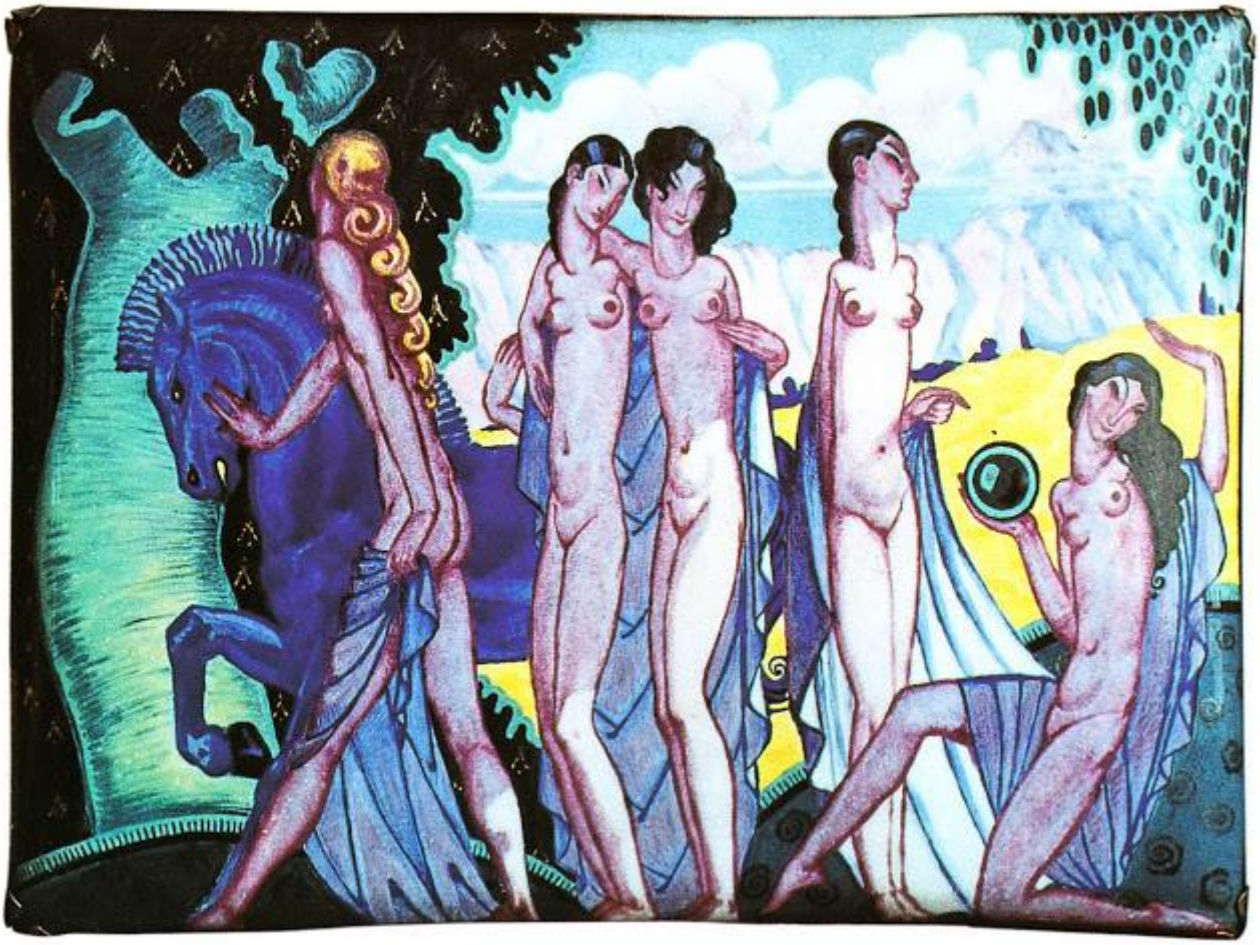
Prácticamente autodidactas en este arte, comenzaron a esmaltar muy jóvenes: "*No tuvimos en un principio ninguna escuela de esmalte. Tuvimos que inventárnoslos nosotros… Después, ya cuando comenzamos a orientarnos, viajamos mucho, viendo en peregrinación artística Cluny, El Louvre, Limoges… Simplemente para ver lo que se hacía no para imitar*". En su vocación por el esmalte sería decisivo la contemplación del célebre frontal de Silos en el Museo de Burgos. Fue en ese momento cuando se propusieron hacer algún día una reproducción lo más fiel posible de esta pieza maestra de la esmaltería medieval ("Esto hemos de hacerlo nosotros"), iniciando entonces tímidamente sus experimentos y su interés por esta compleja especialidad.

Fue constante preocupación de ambos artífices luchar por no industrializar su trabajo, rechazando la producción en serie, al estilo de algunas empresas esmaltistas catalanas. Conscientes de la superior condición de una modalidad tan delicada y laboriosa, siempre defenderían su entidad artística, protestando contra el tópico de considerar artesanía al esmaltado.



Tríptico de Diana cazadora (entre 1950-1955)

Su dominio de oficio abarcaba todos los distintos modos de esmaltar, tanto el tabicado o "cloisonné", como el excavado o "champlevé", el pintado o el denominado transparente de Limoges. Para perfeccionar esta última técnica -la de mayor dificultad por no existir tabiques que eviten los corrimientos y mezclas y por requerir múltiples cocciones-. Manejaron también una cuarta modalidad, denominada el "Champlevé modificado", que se obtiene con la incorporación a la plancha de un repujado en diversas materias ricas, obteniendo auténticos bajorrelieves esmaltados. Esta técnica -según reconocían los propios artistas- les fue inspirada en los barros cocidos de Juan de Juni y en algunas obras del vallisoletano Museo Nacional de Escultura. De los procedimientos citados, los más cultivados por ambos hermanos serían los bajorrelieves esmaltados y los esmaltes simplemente campeados, formando en ambos casos deliciosos cuadritos, trípticos o artísticos platos, de la más variada y original temática.



Ninfas (entre 1920-1930)

Su destreza técnica y afán de experimentación les llevaría a no conformarse simplemente con la ejecución de placas esmaltadas, aplicando también el esmaltado a esculturas y bustos de cobre y de plata. Hábiles repujadores, los Hernández trabajaban con suma pericia las láminas de cobre, golpeándolas y abombándolas, de dentro a fuera y a fuerza de martillazos, para después esmaltarlas con el mayor esmero.

Los esmaltes realizados sobre figuras repujadas, y concretamente los bustos esmaltados, constituían una modalidad que renombrados artistas durante mucho tiempo habían ensayado sin lograr los resultados apetecidos. Otra singularidad importante de sus esmaltes que llamaría poderosamente la atención sería sus considerables proporciones. Puede decirse sin temor a la exageración que nadie en la historia del esmalte español ha realizado piezas de tan gran tamaño. De entre ellas, la mayor que llegaron a ejecutar en su taller sería la placa de esmalte del *Cid Campeador* (1937), obra en bajorrelieve que alcanzaba metro y medio de altura.

Cid Campeador

Exponente de su perfecto dominio del esmalte de la manufactura de Limoges sería la magnífica reproducción a su tamaño del *Frontal de Silos*. Además de esta singular obra, su inspiración en la esmaltería románica puede comprobarse, asimismo, en varias cruces y calvarios, realizados sobre cobre en esmalte champlevé, que imitan célebres ejemplares que los Hernández pudieron estudiar en los museos españoles, tales como la cruz de altar del Museo Diocesano de la Seo de Urgel (Lérida) o la placa esmaltada con la escena del Calvario del Instituto Valencia de Don Juan (Madrid). A excepción del frontal de Silos, en todas estas piezas procurarían introducir, sin embargo, motivos de su invención, interpretando los modelos medievales, sin copiarlos literalmente.

Frontal de Silos (entre 1934-2006)

Con mucha frecuencia les atraerían también los motivos jacobeos, ejecutando piezas alusivas con destino a exposiciones conmemorativas del Año Santo en Santiago de Compostela. Así, por ejemplo, pueden citarse el *Cofre esmaltado* con atributos del peregrino y las escenas de Santiago en la batalla de Clavijo y la Traslación de su cuerpo, arqueta regalada a Alfonso XIII por el Cabildo de Compostela en 1927; o un precioso *Tríptico del Pórtico de la Gloria*, ejecutado según la técnica champlevé.

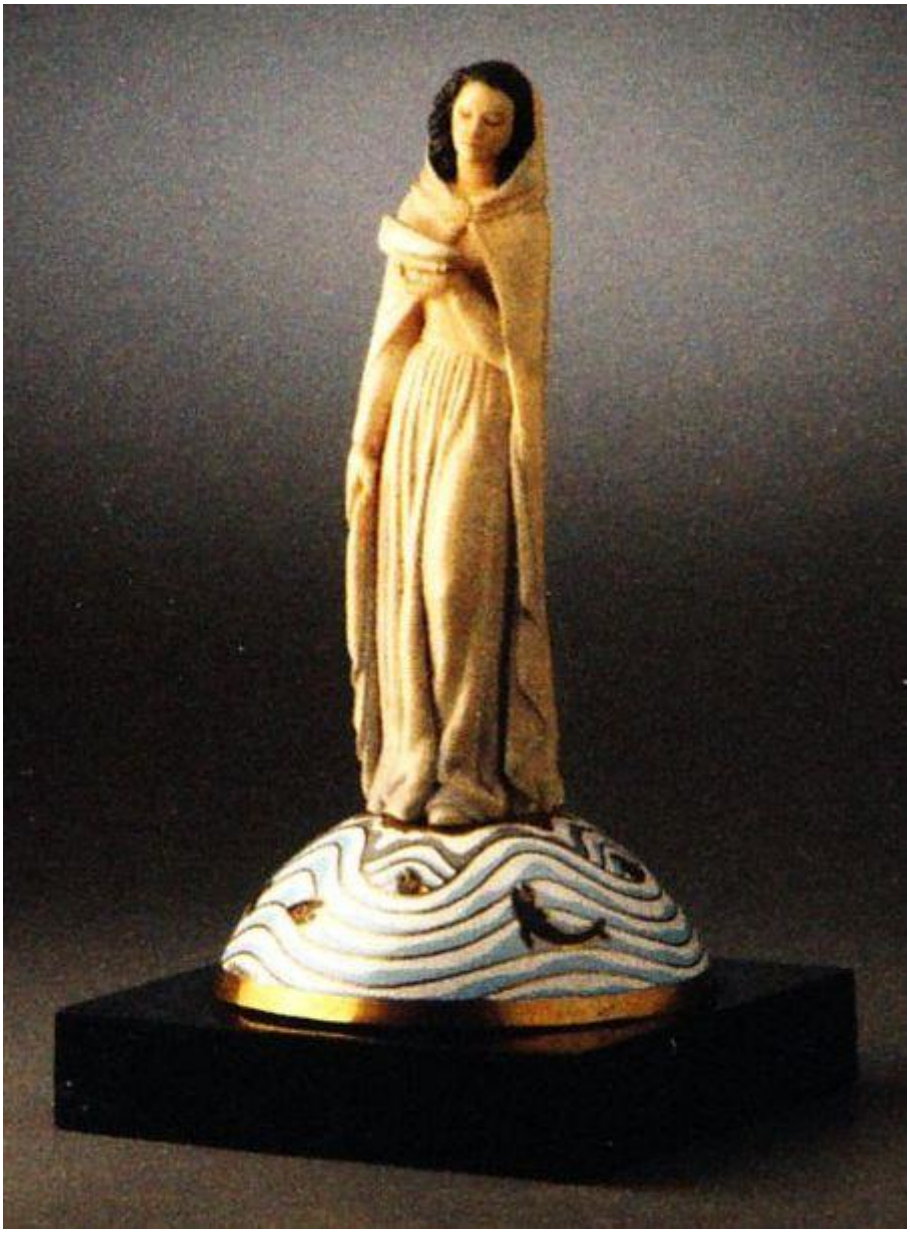
Cofre de Santiago (h. 1927)

Pórtico de la Gloria (h. 1950)

Otras veces iban a realizar obras de temática religiosa, pero con un tratamiento netamente moderno y de su personal creación. Esmalte de considerable tamaño y con figuras repujadas, como *La Anunciación* (50 cm) o la deliciosa interpretación del *Pecado original*, figuran al lado es espléndidos esmaltes campeados como *La Piedad*, premiada con la Medalla de Oro de la Exposición Nacional de Estampas de la Pasión celebrada en mayo de 1946, o como la moderna y estilizada *Nuestra Señora de los Mares*, entre otros.

Anunciación

Pecado original (entre 1930-1940)



Nuestra Señora de los Mares (h. 1950)

Muy sugestivos y de inspiración netamente *déco* son muchos de sus cuadros esmaltados, en los que acostumbraban a combinar con el esmalte otros materiales como el marfil o el azabache. Especialmente atractivo resulta a este propósito el titulado *Salomé*, cuya danzante figura, a la vez sensual y enormemente trágica, sostiene entre sus manos la cabeza marfileña del Bautista sobre la bandeja, como fruto de su orgía macabra, todo ello destacando sobre el fondo totalmente esmaltado de negro.

Salomé (entre 1945-1974)

Sin embargo, sus esmaltes más celebrados y seductores, los que les valieron los premios y galardones, fueron los de temas modernos y profanos, verdaderos caprichos decorativos, auténticas delicias para la vista, cuya originalidad y actualidad sintonizaba perfectamente con la ola internacional. Son obras de un espíritu muy *déco* -muchas de ellas estilizados y graciosos desnudos femeninos-, que sorprenden por su rica policromía y hábil juego de tonos y luces de sus refinados esmaltes, piezas que van desde placas esmaltadas formando preciosos trípticos o cuadritos encuadrados en marcos de ébano, hasta bellos objetos totalmente esmaltados, como originales y modernos jarrones, platos, copas, etc.

Sería sobre todo en el desnudo femenino y la mitología donde los hermanos Hernández encontrarían su principal fuente de inspiración. Bacantes, ninfas, Dianas cazadoras, Orfeos y otros muchos personajes de la Antigüedad desfilan por sus creaciones. Obra maestra y de excepcional tamaño, dentro de esta temática, es el delicioso friso titulado el *Rapto de Europa* (1929) en cuatro piezas totalmente ajustadas.

Rapto de Europa I (entre 1920-1930)

Rapto de Europa II (h. 1929)

Mayor importancia tendría dentro de su obra los trípticos o cuadros con temas paisajísticos. Unas veces tratan rincones de viejas ciudades y pueblos, principalmente gallegos, mientras que otras ofrecen el impresionante paisaje de Castilla, por el que siempre sintieron extraordinaria admiración.

Tríptico de las rúas de la aldea (entre 1920-1930)

Tríptico de los labriegos castellanos (h. 1937)

BIBLIOGRAFÍA

- BRASAS EGIDO, José Carlos: *Los hermanos Hernández. Orfebres y esmaltistas Art Déco*, Diputación de Valladolid, Valladolid, 2003.
- BRASAS EGIDO, José Carlos: "Los hermanos Hernández". En GONZÁLEZ, Félix Antonio: *Personajes vallisoletanos, II*, Diputación de Valladolid, Valladolid 2004, pp. 245-256.
- BRASAS EGIDO, José Carlos [at. al.]: *Os Hernández orives de Vigo*, Concello de Vigo, Vigo, 2006.